# UN BOBO
# HACE CIENTO,

## COMEDIA

DE DON ANTONIO DE SOLIS.

*Miren, si un bobo hace ciento,*
*como el loco del refran.* Jorn. III.

# ADVERTENCIA.

Don Antonio de Solís, natural de la ciudad de Plasencia, segun Don Nicolas Antonio, sirvió de Secretario al Conde de Oropesa, siendo Virrey de los reynos de Navarra y Valencia. Acompañando á este ilustre personage, quando fue promovido á la Presidencia del Consejo de las Ordenes, logró con su favor y proteccion, y con la fama, que le habian adquirido ya sus composiciones dramaticas, que el Rey le honráse con el empleo de oficial de la secretaria de Estado, y el de Secretario de S. M.

Sucedió en el de Chronista mayor de Indias, á Don Antonio de Leon Pinelo, y por exercicio de este empleo escribió la *Historia de la Conquista de Mexico*, obra, que siempre será mirada por los que saben estimar las cosas, como modelo de historias, tanto por su artificial textura, como por lo culto y elegante de su estilo.

Siendo ya de avanzada edad, abrazó el estado eclesiástico, pues á los cinqüenta y uno de ella fue promovido al sacerdocio; abandonando desde entonces

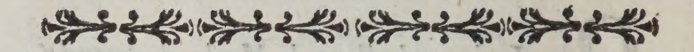
el comercio de las Musas dramáticas y líricas, que con tanta fortuna y gracia habia freqüentado. Murió en el año 1686, á los setenta y siete de su edad. Está enterrado en la iglesia de San Bernardo de esta Corte.

Escribió varias comedias, que corren impresas separadamente. En el año 1681, recojió nueve de ellas Justo Antonio de Logroño, librero en esta Corte, y las imprimió en un tomo en quarto.

El Editor de la *Historia de la Conquista de Mexico*, reimpresa recientemente, dice, que Solís nació en Alcalá, y que su padre era natural de Albalate de las Nogueras, refiriendo menudamente las fechas de su nacimiento, y de otros sucesos. Pero no dexa de ser extraño, que habiendo hecho sus primeros estudios en la célebre Universidad de su patria, pasase á continuarlos á la de Salamanca, como el mismo Editor asegura.

# ARGUMENTO.

*Don Luis, caballero de Madrid, prendado de una dama tapada, que halló en el parque de palacio varias veces, hermana de un amigo suyo, llamado Don Diego, olbida los amores de otra dama, llamada Doña Isabél, hermana de Don Cosme de Mendieta, caballero Vizcayno, falto de talento y educacion. Este, con motivo de la inmediacion de su casa á la de Don Diego, se enamora de Doña Ana, su hermana, que era la tapada que Don Luis habló en el parque. Suponiendo Don Cosme, que ella le corresponde, y ayudado de una criada de Doña Ana, hace varias gestiones con que causa zelos á Don Luis, y no pocos disgustos y sospechas á Don Diego, que se habia prendado de Doña Isabél su hermana. Aumentanse con motivo de las varias veces con que se presentan tapadas Doña Ana y Doña Isabél á Don Luis, para averiguar sus reciprocos zelos, haciendo la casualidad que las mas veces intervenga Don Diego. Pero descubierto todo, Dan Lucas se casa con Doña Ana y Don Diego con Doña Isabél, quedando burlado Don Cosme.*



## PERSONAS.

D. LUIS, *Galan.*

MARTIN, *Gracioso.*

JUANCHO, *Criado.*

DON DIEGO, *Galan.*

DOÑA ANA, *su hermana.*

JUANA, *Graciosa.*

D. COSME MENDIETA.

DOÑA ISABEL, *su hermana.*

INES, *Criada.*



# UN BOBO HACE CIENTO.

## JORNADA PRIMERA.

*Salen Don Luis y Martin.*

D. LUIS.

Juanilla estaba con ella,
si el manto nó me engañó.

MARTIN.

¡Juanilla! ¿Te burlas?

D. LUIS.

No:
antes crei, conocella
por tí; y deseaba verte,
para animar mi esperanza.

MARTIN.

Como siempre hablas de chanza,
no sé, quando he de creerte.
Nadie en el mundo sirvió
con tal pension: yo me llamo
el Gracioso, y sirvo á un amo,
que es mas gracioso que yo.
Quando pienso, que has de darme
por una gracia un vestido,
muy falso y muy resabido
con otra sueles pagarme.
Y es temeraria desgracia,
que me aburre y me fatiga,
que á todas horas se diga,
y nunca se haga la gracia.

D. LUIS.

Digo otra vez, que venia
Juana con esta beldad,
que dexó en mi libertad
señas de su tirania;
y como tú la has hablado,
juzgué, por ella saber,
quien es tan bella mujer.

MARTIN.

Fue unos dias mi cuidado
Juana; pero no sé yo,
ahunque sé, que se ha mudado,
y saberla he procurado,
su casa, ni si mudó
con el barrio el galanteo.
Mas, si á esta infanta encantada
sirve, ya en una empanada
tenemos nuestro deseo.

D. LUIS.

Que saliese á San Joaquin
á esta hora, me avisó;
pero no descubro yo
señas de mi dicha.

MARTIN.

En fin,
¿ha de haber paciencia acá
dentro de mi oido, viendo,
que siempre me estás diciendo,
que de amor no se te da
un bledo; y entre esta austéra
condicion, y este desgarro
te déxas cojer del carro
de Venus, como qualquiera?
¿Que gloria, en fingir, recibes,
de tí acciones tan distintas?
O vive, como te pintas,
ó pintate, como vives.

D. LUIS.

Mira, Martin: yo no puedo
decir, que no se ha de amar;
porque fuera, limitar
á la hermosura el denuedo.
Solo de aquellos me rio,
que, sin saber como quieren,
imaginan, que se mueren
á un vayven de su albedrio:
y ayudando su pasion
con afectada flaqueza,
las faltas de su cabeza
echan á su corazon.
Esto suelo yo decir:
no que un hombre no ha de amar;
que tambien yo sé adorar,
con mi poco de sentir.
Y entre juegos frenesíes
me hallo tal vez en el pecho,
sin saber, quien los ha hecho,
unos pocos de *ay de míes.*
Mas no por eso díré,
que esto es amor ni fineza,
hasta que entre la firmeza
al exâmen de la fe.

MARTIN.

Otros entre los placeres
de amor, de que libre estás,
quieren, por no poder mas;

mas tú quieres, porque quieres.

D. LUIS.

Eso es lo seguro.

MARTIN.

Y di,
ya que falté de tu lado
en ese lance pasado,
¿piensas decirmele?

D. LUIS.

Si.

MARTIN.

Ya yo deseo saber,
de cuyo pan come Juana.

D. LUIS.

Y yo tambien tengo gana,
de hablar en esta mujer.

MARTIN.

Pues vaya de relacion.

D. LUIS.

Bien raro el suceso ha sido.

MARTIN.

Pregunta luego á mi oido,
si es mas que la prevencion.

D. LUIS.

Oye, y sabrás todo el lance.

MARTIN.

A buen seguro que atienda.

D. LUIS.

Sali:::

MARTIN.

¿Quieres, que lo entienda?

D. LUIS.

Si.

MARTIN.

Pues dimelo en romance.

D. LUIS.

Sali, pues, como te digo,
al parque, bien descuidado,
un dia, que me dexó
la pereza de su mano.
Y apenas del sitio umbroso
penetré el florido espacio,
donde, á pesar de sus luces,
el sol resplandece avaro;
porque los arboles verdes
solo dispensan los rayos,
que, sin estorvar lo ameno,
pueden servir á lo vario,
quando me robó la vista
turba de Nimphas, que el campo
florecian con sus huellas.
Pero en lo vulgar he dado;
que si esto del florecer
se hace en virtud del contacto,
mas que alabanza del pie,
fue lisonja del zapato.

Entre esta, pues, copia bella
de hermosura, vi un milagro
de la perfeccion, en cuya
monarquia ha fabricado
el amor un nuevo imperio,
donde, á pesar del estrago,
siendo el poder mas violento,
parece menos tirano.
Yo te confieso, que, al verla,
todo mi desembarazo,
si no se rindió á los golpes,
se adormeció á los halagos.
¡Qué mucho, si de esta suerte
la halló mi vista en el campo!
Sin orden el cabello discurria,
con que dos veces vano quedó el viento:
sus ojos, abreviando el lucimiento,
dilataban los terminos del dia.
Breve concha las perlas concebia,
engendradas del austro de su haliento;
en su nevado cuello el movimiento
del marmol solamente desmentia.
Y en fin, toda era tal, que entre violencias
del imperio, en el alma resistidos,
hallé en los ojos muchas obediencias.
Yo no sé, si se dieron por vencidos;
solo sé, que, robadas las potencias,
quedaron disculpados los sentidos.
Llegué á hablarla, y en mi vida,

me acuerdo, de haber hallado
tal donayre de mujer,
ni gusto tan cortesano;
porque las burlas y veras
mezclaba con primor tanto,
que sus veras mesuráran
á un bobo alegre de cascos,
é hicieran reir sus burlas
á uno, que empieza, á ser santo.
Seguila, pues, y se opuso
á mi intento, y á mis pasos,
prometiendome, que alli
la veria mas de espacio.
Fuese, y quedé, no rendido,
pero al menos escuchando
lisonjas de la memoria,
mas docil, que nunca ha estado.
Mas ni esto me quitó el sueño,
ni me traxo cabizbaxo,
ni con las demás facciones
de amante de los de antaño.
Alli la hallé otros dos dias,
su hermosura poderando,
sin saber nunca, quien era,
ni ser posible apurarlo;
porque siempre me decia,
que la perdia, en llegando
á saberlo, y que mi dicha
estaba, en solo ignorarlo.

Pero ahier, Martin, que fue
de mi amor el dia quarto
( que tanto en un pecho noble
dura un amor obstinado)
faltó del puesto : yo anduve
entre confuso y turbado
todo el dia, hasta que ya
al anochecer, buscando
á Don Diego, con intento
de decirle mi cuidado,
de la casa mas vecina
á la suya, me llamaron
por una reja; llegué
gustoso á ella, juzgando
que fuese esta dama, hallé,
que la que me habia llamado
fue Doña Isabél, aquella
que ha dado, en quererme tanto,
sin merecerselo yo
mas que con no desearlo:
que desde el barrio de Atocha
se ha mudado á un quarto baxo
de aquella casa. Quexóse
de mi proceder ingrato,
con los comunes despechos
de, ¿quien creyera este pago?
si yo fuera; esto merece:
hombre en efecto: no en vano;
y los demás sonsonetes,

con que dicen su trabajo,
las que andan en la paciencia,
y sobran en el cuidado.
Pidióme, en fin, muchos zelos,
de que yo acudiese tanto
á la casa de Don Diego,
dandome á entender (¡qué raro
disparate!) que yo entraba
alli con tanto cuidado
por su hermana, siendo asi,
que ni la he visto, ni hablado
en mi vida. Procuré
satisfacerla, y estando
en la empresa de apurar
y de convencer su engaño,
una Dama, que tapada
pasaba, no sé si acaso,
tirandome de la capa,
con gentil desembarazo
me de desvió de la reja,
y me dixo con recato,
que era la dama del parque,
que yo deseaba tanto.
¿No has visto la hermosa flor,
que obedece al mayor astro,
con quánta atencion se mueve
al arbitrio de sus rayos?
Pues asi yo de otro sol
mas atractivo robado,

sin eleccion, fui siguiendo
sus luces, tan voluntario,
que parece, que formaba
su movimiento mis pasos.
Habia ya anochecido,
y ella se paró, en doblando
la primera esquina, en donde
me pidió de mejor garvo,
que la pasada, unos zelos,
que á otra cosa me sonaron,
ó es, que yo les hice el tono
con la gana, de escucharlos.
Satisfice, en fin, su enojo,
como supe, y barajando
con la traza mi discurso,
me ofreció, que hoy á las quatro
me veria en este sitio;
quando hácia mí se llegaron
dos embozados, haciendo
en la dama tal reparo,
que me obligó, á preguntarles,
qué querian; y ellos dando
con su acero la respuesta,
pronto y prevenido hallaron
el mio. Cerré con ellos,
y á los primeros reparos
llegó gente á la pendencia;
con que los dos se apartaron,
por no darse á conocer,

y yo me hallé en breve ráto
solo en la calle. Este fue,
Martin, el suceso raro,
que te prometí: de suerte,
que en un instante me hallo
con una dama encubierta,
que triunfa de mi cuidado;
con otra, que me embaraza,
y dá en seguirme los pasos;
con dos valientes, que intentan
conocerme acuchillando;
y conmigo, en fin, que tengo
tan cabal mi desenfado,
que, si la dama querida
al sitio, donde la aguardo,
saliere, estaré contento,
y si no, estaré pagado.
Si la aborrecida diere
en perseguirme los pasos,
me reiré de ella; y si airada
me dexáre, haré otro tanto;
si los valientes volvieren,
dexaré apurar el caso;
y si no, del mismo modo
pasaré sin apurarlo;
que en esta vida, Martin,
no hay cosa de mas enfado,
que morirse, y yo no pienso
hacer mas pocos mis años,

añadiendole á la muerte
el afan de mi cuidado.

MARTIN.

Bien raro ha sido el suceso:
¿Mas yo he de pudrirme tanto:::?

D. LUIS.

¿Tú pudrirte?

MARTIN.

Yo pudrirme.

D. LUIS.

¿De qué?

MARTIN.

De escuchar tan raros
dictamenes; que el oído
es discreto en tales casos,
y para pudrirse, tiene
el oído su gusano.
Vén acá: ¿Doña Isabél,
no te quiere mucho?

D. LUIS.

Es llano.

MARTIN.

¿No la debes mil finezas?

D. LUIS.

Ni las niego, ni las pago.

MARTIN.

¿No es muy hermosa?

D. LUIS.

Asi, asi.

MARTIN.

¿No tiene tres mil ducados
de renta por hermosura,
afeite, que basta hogaño,
á que tenga buena téz
la misma piel de los diablos?

D. LUIS.

Digo, que todo eso sea.

MARTIN.

¿Pues por qué estás despreciando
mujer de estas conveniencias,
y andas hecho un mentecato
por otra, que viste ahier?

D. LUIS.

¿Qué he de hacer, si se ha empeñado
con Doña Isabél mi amigo
Don Diego?

MARTIN.

No es eso malo.
¿Pues tú no eres antes?

D. LUIS.

Sí;
pero él se empeñó, ignorando
mi galantéo, y despues
de mí su amor ha fiado:
y como yo estaba ya
con deseo de dexarlo,
no le repliqué al oírlo;

demás, que por el hermano
de Doña Isabél, no fuera
su galán, por todo quanto
fingir supiera el deseo.

MARTIN.

Yo confieso, que es extraño
majadero el tal Don Cosme,
y que es recien transplantado
Vizcaíno; hombre en efecto
de los del duelo en la mano,
y la razon en el pie,
muy señor de un Mayorazgo,
y que trahe lo presumido
junto á lo desconfiado.

D. LUIS.

Pues mira tú, si era bueno,
que siendo ese hombre tan raro,
tan ridiculo y tan necio
de Doña Isabél hermano,
me casára yo con ella.

MARTIN.

Sí; que por el mismo caso,
que no es bueno para amigo,
es bueno para cuñado.

D. LUIS.

Aguardate; que parece
que hácia acá viene guiando
Don Diego con dos mujeres.

MARTIN.

¿Si es la dama del encanto
del parque, que anda en tu busca?

D. LUIS.

Yo la dixe, que hácia el campo
de San Joaquin me hallaria;
sin duda es, la que has pensado.

*Salen Doña Isabél é Inés, tapadas, y Don Diego.*

D. DIEGO.

¿Don Luis?

D. LUIS.

¿Don Diego?

D. DIEGO.

Escuchadme.
Estas damas::: *hablan aparte.*

D. LUIS.

Hablad paso.

INES.

¿Hay cosa, como llegar
muy confiada en tu manto,
á preguntar á Don Diego
por Don Luis, siendo el cuitado
tu amante, y venir él mismo,
á entregarte á su contrario?

D. ISABEL.

Porque no me conociese,
la voz he disimulado,
preguntando por Don Luis;

que estoy, Inés, deseando
saber, quien fue aquella dama,
que con tal desembarazo
le desvió de mi reja
anoche.

D. DIEGO.

A mí se llegaron,
preguntandome por vos,
y yo aqui las he guiado.

D. LUIS.

Aquella dama, que os dixe,
del parque, es sin duda.

D. DIEGO.

¿Aguardo,
á que habléis con ella?

D. LUIS.

Sí.

D. DIEGO.

Pues aqui estoy retirado.
¡Por quánto hiciera conmigo
Doña Isabél otro tanto! *retirase.*

MARTIN.

Por si es Juana la sirvienta,
quiero llegar por un lado. *llega.*

D. LUIS.

Hermosísima deidad, *llega.*
por quien hoy, en estos campos
no hay garzon, que no suspire,
y que no suspire en vano:::

D. ISABEL.

No me ha conocido. *aparte.*

D. LUIS.

Ya
desconfiaba el cuidado
de esta dicha. Desviad
el negro cendál del manto;
que, como se vé tan rico,
sabe guardar como aváro.

MARTIN.

¿Señora Juana?

INES.

¡Yo Juana!
Que soy otra ha imaginado *aparte.*
sin duda. No es malo esto:
yo he de intentar, apurarlo.

D. LUIS.

Desde el dia que en el parque
os ví:::

D. ISABEL.

¡En el parque! ¡Hay agravio
mas ultrajante! El con otra *aparte.*
imagina, que está hablando.

D. LUIS.

Rendida mi libertad:::

D. ISABEL.

Yo me descubro: veamos, *aparte.*
qué disculpa habrá, que pueda
dar.

*Vá á destaparse, y llega Inés.*

INES.

Señora, tu hérmano:::

D. ISABEL.

¡Qué dices!

INES.

Que viene aqui.

D. ISABEL.

Sigueme, sin mirar.

INES.

Vamos;
que si él vé, que es necedad,
el seguir, no ha de dexarnos.

D. LUIS.

¿Dónde vais?

D. ISABEL.

Dí, que se quede.

D. LUIS.

¿No me respondeis?

INES.

Quedaos,
Don Luis; porque importa mucho,
que aqui::: Mas ya va llegando.
A Dios, á Dios. *vanse.*

D. LUIS.

Bien se ha hecho.

MARTIN.

No nos han dexado malos.

D. LUIS.

¿Don Diego, qué será esto?

D. DIEGO.

No lo sé. Por allí abaxo
viene Don Cosme, y sin duda
es, de quien se recataron.

D. LUIS.

Yo he de apurar todo el lance;
divertidmele, entre tanto
que voy trás ella.

D. DIEGO.

Aguardad.
¿No veis, que los dos no estamos
corrientes, porque á su hermana
Doña Isabél he tratado
de servir, y él es zeloso,
al paso que mentecato?

D. LUIS.

Pues vamos ambos.

D. DIEGO.

Sí haré.

D. COSME *dentro.*

Una palabra: aguardaos
un poco.

D. LUIS.

Esto me faltaba.

MARTIN.

A mirarlas, se ha parado.

D. LUIS.

Don Diego, amigo, no sé,
si me atreva á suplicaros,
que procureis detenerla;
y que, pues está en el paso
vuestra casa, y es el vuestro
un quarto tan retirado
de la familia, veais,
si podeis hacer, que un rato
me espere en él.

D. DIEGO.

Por serviros,
lo intentaré, aunque es mi quarto.

D. LUIS.

Ya sé, que me haceis fineza
en esto.

D. DIEGO.

Pues por si acaso
lo consigo, esta es la llave;
que yo, si llego á lograrlo,
abriré con la maestra;

*Dale una llave.*

pero no podré esperaros;
porque cierta ocupacion
précisa me está llamando.

D. LUIS.

Bien está. A Dios.

D. DIEGO.

Volver luego,

me es preciso, á ver si hallo
sazon de hablar á la hermosa
ocasion de mi cuidado;
porque un criado me ha dicho,
que sale esta tarde al campo. *vase.*

*Salen Don Cosme Mendieta, vestido ridiculamente y Juancho su criado.*

D. COSME.

¿Señor Don Luis, qué secretos
son estos que estais hablando
con Don Diego?

D. LUIS.

¡Hay tal pregunta!
¡Que no pueda yo quitaros,
el que seais caballero
de Ciudad!

D. COSME.

Don Luis, á espacio;
que el Galatéo Hespañol
en el capitulo quarto,
dice expresísimamente,
que es grosería, hablar paso.

D. LUIS.

Oh, pues si es del Galatéo,
no lo haré otra vez.

D. COSME.

Y quando
Don Diego y vos otra vez
hagais ese desacato,

¿no sabré yo:::?

D. LUIS.

¿Qué sabreis?

D. COSME.

¿Cómo qué? Sabré, mataros.

D. LUIS.

¿A los dos?

D. COSME.

Y otros cinqüenta.

D. LUIS.

¿Sabeis matar por ensalmo?
¡Hay mas raros desatinos!

D. COSME.

¿Juanchillo, cómo quedamos?

JUANCHO.

En paz; que es quedar muy bien.

D. COSME.

Quedamos bien; soy bizarro.
Mas, Don Luis, dexemos esto,
y á lo que importa volvamos;
que he tenido una pendencia,
y quiero comunicaros
el lance, para saber
si he quedado, ó no he quedado.

D. LUIS.

Esto me faltaba ahora. *aparte.*

MARTIN.

No será el cuento muy malo.

D. COSME.

Yo, Don Luis, como digo,
quiero bien: ya lo digo: ¿Estais conmigo?

D. LUIS.

¡Jesus! ¡Quién tal confiesa!

D. COSME.

Digo, que quiero bien, y no me pesa.

D. LUIS.

¿Pues asi lo decís?

D. COSME.

Asi lo digo.
¿Qué os espantais?

D. LUIS.

Yo, amigo,
no confieso, que estoy enamorado,
sino es quando confieso mi pecado. [*ap.*
Yo le he de ir empeñando, en que me diga,
quién es su dama. ¿Y es esa enemiga,
que decís, muy hermosa?

D. COSME.

Oíd; que quiero,
pintaros su hermosura por entero.
Es Filis::: No es asi como se llama;
que finjo por la honra de mi dama.
Es, pues, una hermosura tan grandiosa,
que parece otra cosa;
quiereme mucho, vive mal segura;
mirad, Don Luis, si es barro su hermosura.

D. LUIS.

Lacónico pintais.

D. COSME.

Bonitamente
sabe pintar un hombre, lo que siente.
No mas, Don Luis, lisonjas.

D. LUIS.

Yo las dexo.
Es gran beldad.

D. COSME.

Pues éste es un bosquejo.
Esta, pues, me rindió tan ciegamente,
desde que ví sus ojos y su frente,
que me obligó ¡qué amor! ¡qué barbarismo!
á descubrirla mi pasion yo mismo.

D. LUIS.

¿Qué, la dixisteis vuestro pensamiento?
¡Rara fineza!

D. COSME.

Extraña, á lo que siento.
Mas sabe amor, aunque lo escucha mudo,
que hizo mi resistencia lo que pudo;
y no es aquesta la mayor fineza,
que debe á mi cuidado su belleza.

D. LUIS.

¿La hay mayor?

D. COSME.

¿No es mayor, sacar la espada
por ella yo, sin importarme nada?

D. LUIS.

¿La espada habeis sacado?

D. COSME.

Sí, en conciencia.

D. LUIS.

Fineza es de las quatro la pendencia.

D. COSME.

Mirad: yo que venia,
quando tocaban al Ave Maria
por la calle abaxito de esta dama,
que el corazon me inflama;
y ella, que de su casa iba saliendo
tapada::: ¿Vais conmigo?

D. LUIS.

Bien lo entiendo.

D. COSME.

Seguila, y al llegar junto á mi casa:::
¿No me entendeis? ¿Parece, que se os pasa?

D. LUIS.

En todo estoy.

D. COSME.

Parado estaba un hombre;
y ella le conocia por el nombre
sin duda, porque asiendole de un brazo,
se le llevó con gran desembarazo
hácia la esquina.

D. LUIS.

¡Cielos, qué he escuchado! *ap.*
Sin duda este menguado

fue el que riñó conmigo, y la tapada
por esto ahora se apartó turbada,
quando le vió venir. ¡Hay desengaño
mas notable! ¡Hay suceso mas extraño!
¡Quién tal creyera de tan bella dama!

D. COSME.

Pues mirad, yo, que ví un como se llama,
tan no se cómo, desnudé el acero,
y á fe de caballero,
que yo al dicho le diera
con algo, si por algo no me fuera.

D. LUIS.

¿Y á él le conocisteis?

D. COSME.

No por cierto;
porque riñó cubierto.
Mas perdone su ausencia á mi mohina,
el tal era grandisimo gallina.

D. LUIS.

Bueno es esto, riñendo dos conmigo. *ap.*
¿Cobarde en fin?

D. COSME.

Y tan cobarde, amigo,
que es vergüenza, contarlo.

D. LUIS.

¿Peleaba
con ventaja?

D. COSME.

Mirad: conmigo estaba

Juancho solo.

D. LUIS.

¿Y con él?

D. COSME.

Solo venia
el otro.

D. LUIS.

¿Pues quál fue la cobardía?

D. COSME. [creto!

¡Que eso pregunte un hombre, que es dis-
Ingenios bachilleres en efeto.
Vení acá: ¿pues teniendo él á su lado
la dama, que me tiene á mí postrado,
no fue tener poquisima destreza,
el no saber, romperme la cabeza?
¡Jesus! Si él fuera diestro, vive el cielo,
que me pudo matar como un buñuelo.

D. LUIS.

Decís bien. ¡Hay mas raro desatino!

D. COSME.

¿De qué os reís?

D. LUIS.

Celebro el peregrino
pensar de vuestro ingenio y el saynete.

D. COSME.

¿Parece, que os reís con sonsonete,
como quien oye alguna friolera?
Y os pudierais reir de otra manera,
sabiendo, que ninguno, ó alto ó baxo.

se ha reído de mí del Rey abaxo:
y mas vos que sabeis, que soy Mendieta
de los de Baronía y lineá reta.
Pero aqui mejor es, irme y dexaros.

D. LUIS.

Aguardad. ¿Dónde vais?

D. COSME.

A no mataros.

D. LUIS.

Ved, que me levantais un testimonio.

D. COSME.

Yo conoco estas manos de demonio.

*Vanse Don Cosme y Juancho.*

MARTIN.

Bueno quedas.

D. LUIS.

¿Lo has oído?

MARTIN.

Mas me huelgo.

D. LUIS.

¿Qué, menguado?

MARTIN.

Que te hallaste buena droga
allá en el parque.

D. LUIS.

Si ha entrado
en el quarto de Don Diego,
alli sabré todo el caso.

MARTIN.

¿En fin de este necio es dama?

D. LUIS.

Confieso, que me ha pesado.

MARTIN.

¿Y la chanza?

D. LUIS.

¿Luego piensas,
que de estas cosas me mato?
No, Martin; obre el deseo,
y estese ocioso el cuidado.

MARTIN.

Ello dirá.

D. LUIS.

Vete tú
por esa parte, cuidando,
de si nos sigue este necio;
que yo por ésta me aparto,
y daré luego la vuelta.

MARTIN.

Buen lance habemos echado. *Vanse.*
*Salen Don Diego, Doña Isabél, é Inés tapadas.*

D. DIEGO.

Este es mi quarto, señora:
yo no ví tales misterios.
Todo es responder por señas;
mas no gasté muchos ruegos,
para que entrasen. ¿Quereis

que cierre la puerta? Bueno:
yo la cerraré; quedad
con Dios. Hácia el campo vuelvo,
á ver, si es tanta mi dicha,
que á Doña Isabél encuentro.
Don Luis tiene aliá otra llave
de este quarto, y vendrá luego.
¡Hay mas rara hazañería!
Este parece embeleco
de mujer, que se supone
señora. Pero él es cuerdo,
y sabrá diferenciar
lo afectado de lo cierto. *vase.*

INES.

Buenas quedamos, señora.
Cierto, que parece cuento
de comedia: un galan tuyo
te dexa en su quarto mesmo,
para hablar á otro galan.

D. ISABEL.

No me acuerdes lo que emprendo;
que yo misma estoy corrida,
de verme á mí en este empeño.
¿Mas con zelos, quién discurre,
si son locuras los zelos?
Deseaba hablar á Don Luis,
acerté á vér á Don Diego;
llegaste tú, á preguntarle
por él; respondió, ofreciendo

guiarnos, adonde estaba;
empezó Don Luis, muy tierno
á hablarme por otra dama:
llegó mi hermano en efecto;
volví huyendo hácia mi quarto,
que es aqui pared en medio;
vino Don Diego á rogarme,
que le esperase aqui dentro;
y yo no sé, si aceptando
por desearlo, ó temiendo,
que entrar me viese en mi casa,
ó que durando en el ruego
me conociese, ó que ciega
de enojo, que es lo mas cierto,
sin acordarme de mí,
obedecí mis afectos.
Yo, en fin, me hallé en la indecencia,
antes que tubiese tiempo,
de hacer con la voluntad
su oficio el entendimiento.
Mas ya que el yerro conozco,
he de aprovechar el yerro,
rompiendo ahora con Don Luis
de una vez; porque Don Diego
con diferente fineza
me galantéa, y no quiero,
que padezca la opinion,
ya que padezca el afecto.

INES.

¿Sabes, lo que he discurrido?
que si es, como estás creyendo,
dama de Don Luis Doña Ana,
será raro atrevimiento,
el venirse, á hablar contigo
en el quarto de Don Diego,
su hermano.

D. ISABEL.

¿Ya no conoces
su osadia y su despejo?
Demás, que este quarto tiene
sin registro y algo lejos
del de Doña Ana la entrada.

INES.

Aquella puerta, que vemos
cerrada, debe de ser
la que manda por de dentro,
al quarto donde reside *ruido dentro.*
esa deidad. ¡Mas qué es esto!
Abriendola están.

D. ISABEL.

¡Ay triste!
no me faltaba otro riesgo.

INES.

Pues no es posible salir;
que estamos cerradas.

D. ISABEL.

Presto:

cubrete bien.

INES.

Mejor es,
que en la alcoba nos entremos,
hasta ver, quien es.

D. ISABEL.

Bien dices.
¡Hay mas sobresaltos, cielos!

*Escondense, y salen Doña Ana y Juana con los mantos por el cuello.*

JUANA.

Asi Martin me lo dixo.

D. ANA.

Aunque el manto tenia puesto,
para hacer una visita,
lo he de apurar; que no creo
lo que dices, ni es posible.

JUANA.

Digo otra vez, que saliendo
al campo, para escusarte
con Don Luis, de no ir al puesto,
que le habias señalado,
encontré á Martin, y luego
que pregunté por su amo,
me dixo (es famoso cuento)
que en el quarto de tu hermano,
discurriendo en unos zelos
le hallaria con mi ama.
Ibame á turbar, creyendo,

que te habian conocido;
pero dió en vago mi miedo;
porque antes de pocos lances
descubrí, que este embustero
de tu amante viene, á verte
en aqueste quarto mesmo
con dos tapadas, y que
ha pedido para ello
la llave á tu hermano. Andaos
creyendo á los hombres. Fuego.
Todas son afectaciones,
las que ellos llaman afectos.

D. ISABEL *al paño.*

Doña Ana es.

INES *al paño.*

Si ahora entrase
Don Luis, la habiamos hecho
buena.

D. ISABEL.

No me pesará;
porque con eso veremos,
si la conoce.

INES.

No sé
yo, en lo que están discurriendo.

D. ANA.

Aunque el salir á este quarto,
es nuevo en mí, y es mas nuevo
en mi condicion, el dar

á estos pesares el pecho,
y en mis ojos, el hacerse
testigos de atrevimientos
de esta calidad, no ha sido
posible con mi deseo,
que no me arroje á esta accion,
dorandome el desacierto:
como si el ver el agravio,
no fuese un castigo necio,
que mortificase al juez
y al culpado á un mismo tiempo.
Don Luis no puede extrañar,
el hallarme aqui, sabiendo,
que es el quarto de mi hermano:
y asi, Juana, me resuelvo
á aventurar, el que sepa
quien soy yo, porque, al saberlo,
sepa, que sé, quien es el:
Mas la puerta están abriendo;
dexalos entrar: no mires.

JUANA.

Sin duda es el: empecemos
á disimular.

*Salen Don Luis y Martin, y cierra la puerta.*

MARTIN.

Juanilla
dixo con mil juramentos,
que su ama no ha salido
de casa.

D. LUIS.

Yo tambien creo,
que es otra; que si ella fuera :::
Mas por Dios, que es ella.

MARTIN.

Bueno:
y luego dirán, que el bobo
escojió mal.

D. LUIS.

¡Estoy muerto!

D. ANA.

Poco se ha turbado, al verme.
Este, Juana, no es despejo,
sino locura.

D. ISABEL.

Oye, Inés.

D. LUIS.

Turbado estoy. Mas yo llego.
¿Señora?

D. ANA.

Señor Don Luis,
¿pues vos aqui?

D. LUIS.

Yo no acierto.
¿Dónde están mis desahogos? *ap.*
¿Qué sería, que de veros
me hubiese turbado yo?

D. ANA.

¿Qué sería? Bueno es eso.

Sería, haber conocido,
que sois mortal.

D. ISABEL.

Ya lo veo:
los dos se conocen. Cierta
fue mi sospecha: escuchemos.

D. LUIS.

Confieso, que estoy turbado,
despues que sé, que me ha muerto
una deidad, que concede
sus aras á muchos ruegos.

D. ANA.

¿Eso es necio, ó es turbado?
¿Qué decís, que no os entiendo?

D. LUIS.

Saber quisiera, deciros
un rasgo, de lo que siento.

D. ANA.

Los rasgos, Don Luis, no son
letras; mas legible os quiero.

D. LUIS.

¿Mas legible? Atended, pues.

D. ANA.

Mucho pedís; pero atiendo.

D. LUIS.

Yo soy un buen cortesano,
que la vez que llego á amar,
me rindo tan á lo llano,
que siempre puedo alcanzar

mi libertad con la mano.
Por el amor, que ha rendido
mi corazon mas violento,
nunca mi pecho encendido
le gastó un atomo al viento,
para formar un gemido.
Y es mi dureza tan rara,
que en la mas tierna parola
de un sentimiento, no echára
una lagrima tan sola
por un ojo de la cara.
Con eso me hago querer:
y á vos os lo digo asi;
porque tal me llego á ver,
que pienso, que he menester
desconfiaros de mí.
Yo os vi, y el amor sangriento,
flechando allí mi quietud,
dexó al corazon violento
fuerza para la inquietud,
y no para el movimiento.
Y hoy por solo unas sospechas
me trahe con tal desazon,
que debe de tener hechas
sus alas mi corazon
de las plumas de sus flechas.
Esto en mis acciones veo:
esto dice amor, señora,
sin que lo sepa el deseo.

Vos no lo creais ahora;
que yo tampoco lo creo.
Ocultaros no he podido
estos mis ciegos desvelos,
y asi vengo algo encojido,
á pediros unos zelos,
sin haberlos merecido.
Don Cosme en vuestro favor
halla dulces acojidas;
y no me espanto en rigor;
porque tal vez sus heridas
con simples cura el amor.
Yo no me enojo mas que esto,
aunque haya mas ocasion.
Si es verdad, estoy dispuesto,
á romper esta prision
con mucha flema, y muy presto.
Decidme, pues, si es asi
antes con antes; porque
despues, señora, que os vi,
me tirais mucho, y no se,
que tanto he de dar de mí.

D. ANA.

¿Quando yo estoy extrañando,
veros aqui, y el intento
con que habeis venido aqui,
salís con pedirme zelos?

JUANA.

No entiendo este desahogo:

¿Cómo no le asusta el riesgo
de que vengan sus tapadas?

D. ISABEL.

El juicio estoy perdiendo.
¡Hay mas claro desengaño!
Ya me falta el sufrimiento.

MARTIN.

Ahora, vive Dios, que yo *ap.*
me estoy aqui deshaciendo,
de que Juana no ha llegado,
á hablarme.

JUANA.

Martin se ha hecho
de pencas, y yo le azoto *ap.*
con ellas, á lo que entiendo.

MARTIN.

Ello ha de quebrar por mí. *llega.*
Ah, mi reyna.

JUANA.

Nombre tengo.

MARTIN.

No acostumbro, decir nombres,
quando quiero decir verbos.

JUANA.

Diga pues, lo que me quiere.

MARTIN.

Entremonos aqui dentro,
y dexemos discretear
á nuestros amos.

JUANA.

Entremos.

*Van á entrar donde están Inés, y Doña Isabél, y se detienen.*

¡Mas quién es!

D. ANA.

¿Que ha sucedido?

JUANA.

Haber llegado primero,
que nosotras, estas damas.

*Salen Doña Isabél é Inés tapadas.*

D. ISABEL.

Ya me han visto, y ya no puedo
escusar el lance, Inés.

INES.

Ahora verás, si es cierto.

D. ISABEL.

Abrid, Don Luis, esa puerta.

*Hacen que se van, y admirase Don Luis.*

D. LUIS.

¡Pues cómo! ¿Quien es?

D. ISABEL.

Yo pienso,
que os hago, en no descubrirme,
lisonja: (rabio de zelos)
y pudierais escusar,
el traherme á estos empeños.

D. ANA.

Juana, ellas son.

JUANA.

¿No lo ves?

D. ANA.

Quanto me dixiste es cierto.

D. LUIS.

¡Yo os he trahido! aguardad:
¡Yo á vos!

D. ANA.

¡Pobre caballero!
¿Pues esto teniais guardado?

D. LUIS.

Señora, viven los cielos,
que es engaño.

D. ISABEL.

Acabad, pues,
de abrir la puerta.

D. LUIS.

Antes quiero,
saber quien sois, y yo mismo
he de llegar::: *va á descubirla.*

D. ISABEL.

Deteneos; *descubrese.*
que yo soy. Menos importa,
darme á conocer en estos
delitos, que permitiros,
que andeis conmigo grosero.

D. LUIS.

¡Pues vos, señora:::!

MARTIN.

Esta es otra,
y aquella es una.

D. LUIS.

No acierto,
á discurrir:::

D. ANA.

¡Raro lance!
Pues vos, amiga (¿qué es esto?)
¡en mi casa de esta suerte!

D. ISABEL.

Doña Ana, aunque el desacierto
de una ciega::: Mas la puerta,
parece, que están abriendo.

D. LUIS.

Don Diego debe de ser.

D. ANA.

¡Mi hermano! Valgame el cielo.

D. LUIS.

¡Pues Don Diego es vuestro hermano!

D. ANA.

¿Ahora salis con eso?

*Sale Don Diego y se suspende.*

D. DIEGO.

No pude hallar en el campo
á Doña Isabél, y vuelvo,
por si para sus tapadas
quiere Don Luis::: ¡Mas qué veo!
¡Mi hermana y Doña Isabél

aqui con Don Luis! No entiendo,
lo que puede ser.

D. COSME *dentro.*

¿Está
en casa el señor Don Diego?

MARTIN.

Esta es otra mas.

D. ISABEL.

¡Ay triste!
Mi hermano:::

*Hablan aparte D. Luis con D. Ana, y D. Diego con D. Isabél, y sale D. Cosme al paño.*

D. COSME.

¿Pero qué es esto?
¿Don Diego y Don Luis aqui?
¿Mi hermana y dama con ellos?
¿Don Diego y mi hermana? malo.
¿Don Luis y mi dama? bueno.

MARTIN.

Todos se han quedado mudos.

D. DIEGO.

Confuso estoy y suspenso.
Pues, Don Luis, ¿qué es esto? ¿Adónde
la dama está, que aqui dentro
venisteis á hablar, y cómo
tan diferentes sujetos
hallo con vos?

D. LUIS.

Yo no sé, *ap.*

que responder.

D. COSME.

El saberlo,

á mí me toca tambien
de parte de hermana.

D. ANA.

¡Hay riesgo

mayor! Mas pues todos callan, *ap.*
aqui de todo mi ingenio:
por los cabos he cojido
el caso: yo lo remedio
de esta suerte. No os admire,
el ver á este caballero
turbado; porque lo está,
de escuchar mi sentimiento.

D. DIFGO.

¡Sentimiento vos, Doña Ana!
¿Pues de qué?

D. ANA.

La culpa de esto

vos la teneis.

D. DIEGO.

¡Yo la culpa!

D. ANA.

Y estoy corrida por cierto,
de que aqui Doña Isabél
haya visto estos excesos.

D. DIEGO.

No te entiendo.

D. ANA.

Hoy vino á verme,
porque aqui pared en medio
se ha mudado, y entre tanto
que se ordenaba el festejo
de la merienda, quisimos
ver los coches, que saliendo
van al sol de Leganitos;
porque solo este aposento
rejas á la calle tiene.
Y apenas abri para ello
esta puerta, que á la calle
corresponde, quando dentro
hallamos unas tapadas,
que corridas se salieron,
sin querer decir, quien eran,
por la misma puerta, y luego
abriendo esotra Don Luis,
y cerrando por de dentro,
donde sin duda buscaba
sus tapadas, vino á vernos.
De esto me enojé con él:
y ahora me enojo de esto
con vos, que dais vuestra casa
para estos atrevimientos,
teniendo una hermana en ella.
Remediadlo pues, Don Diego;
que yo entre tanto á mi quarto
con Doña Isabél me vuelvo.

MARTIN.

¡Rara salida! A los dos
hermanos ha satisfecho
vuestra ama.

JUANA.

No quiebra mal
el octavo mandamiento.

D. DIEGO.

Digo, que estás enojada
con razon. Don Luis, en esto
no hay que hablar: tiene razon.

D. COSME.

No tiene tal. Bueno es eso.

D. DIEGO.

Vos, por disputarlo todo,
lo decis; que aquesto mesmo
sentireis, siendo quien sois.

D. COSME.

Don Diego amigo, no siento;
que en queriendo gobernarnos,
en quantas cosas hacemos,
se hacen madres las hermanas
dentro de muy poco tiempo.
¡Qué entendido que soy! Nunca
me persuadi, que habia hecho
traycion á mi amor Doña Ana.

D. ANA.

Don Cosme, por acá dentro
con vuestra hermana venid.

D. COSME.

Estase por mi muriendo; *ap.*
esta es cosa rematada.

D. DIEGO.

Don Luis, por aca saldremos
nosotros.

D. LUIS.

Don Diego, vamos.
Zeloso voy de este necio. *ap.*

D. ANA.

¡Qué me empeñe yo, en llevar *ap.*
conmigo á la que me ha muerto!

D. ISABEL.

¡Qué reciba yo agasajos *ap.*
de la causa de mis zelos!

D. LUIS.

¡Qué haya perdido á las dos *ap.*
por tan extraño suceso!

D. COSME.

¡Qué me quiera á mí Doña Ana,
y yo como, rio y duermo! *ap.*

D. ANA.

Confieso, que voy sin juicio.

D. ISABEL.

Que voy sin alma, confieso.

D. LUIS.

Muriendome voy de pena.

D. COSME.

Rabiando voy de contento.

# JORNADA SEGUNDA.

*Salen baxando de lo alto al tablado Don Diego y Martin.*

D. DIEGO.

Baxa.

MARTIN.

¿No hay mas de baxar?

D. DIEGO.

¿Ahora tienes temor?

MARTIN.

Yo, no; pero esto, señor,
es convidarme, á saltar.

D. DIEGO.

Habla paso; que estás necio,
y pon, donde yo, los pies.

MARTIN.

Lo que tú me dices, es,
que hable paso y cayga recio.
A tí te trahe tu aficion
ciego, á saltar por aqui;
pero cuitado de mí,

que he de saltar sin pasion.

D. DIEGO.

Si el miedo á vencerte empieza,
volverte, ó callar, te toca.

MARTIN.

Eso es cerrarme la boca,
para abrirme la cabeza.
Pero ya que hemos pasado
de tu jardin al jardin
de Doña Isabél, ¿qué fin
lleva en esto tu cuidado?

D. DIEGO.

Despues que aqui se mudó,
de este medio me hace usar,
el no hallar otro de entrar,
á hablarla.

MARTIN.

¿Y qué he de hacer yo?

D. DIEGO.

Ven, y pisa con recato.

MARTIN.

Yo soy hombre tan discreto,
que sabrá guardar secreto
la suela de mi zapato.

D. DIEGO.

Don Cosme quedaba ahora
entretenido en la casa
del juego: el alma se abrasa,
y los remedios ignora:

Isabél anda remisa
en admitir mi aficion;
yo tengo poca ocasion,
y el trato no obra de prisa.
Este necio de su hermano
dexa la casa cerrada
de noche, y tan pertrechada,
que hablarla, es intento vano.
Y asi, como se ha venido
á vivir pared en medio
de mi casa, este remedio
mi cuidado ha prevenido;
y ciegamente saltando
las tápias, que nos dividen,
y los estorvos, que impiden
mi deseo, atropellando,
á hablarla resuelto vengo;
bien que la tengo enojada,
por no tenerla avisada;
mas ya en vano lo prevengo.
Para esto á Don Luis busqué:
no le hallé en casa; y asi
en este intento de tí
mi pecho, Martin, fié,
pidiendote, que vinieses
conmigo; pues lo tendrá
por bien tu amo.

MARTIN.

Y te dará

muchas gracias, si le hicieses
merced, de acabar conmigo.
¿Y he de entrar allá tras tí?

D. DIEGO.

No, Martin: quedate aqui.

MARTIN.

Soy criado de tu amigo;
en lo que me has encargado,
descuida, y dexame obrar.

D. DIEGO.

Bien sé, que puedo fiar
mucho mas de tu cuidado.
En esta primera pieza,
que al zaguan y al quarto mira,
me espera.

MARTIN.

Yo estoy sin ira,
y el miedo á irritarme empieza.

D. DIEGO.

Amor, haya dicha alguna
cierta ó cabal en tus glorias,
y no siempre tus victorias
den triunfos á la fortuna. *vase.*

MARTIN.

Ahora mis desconsuelos
salgan en estos retiros,
y repasando mis zelos,
entonen ya mis suspiros
el *ay*, *ay*, *ay* á los cielos,

Don Cosme ceceó á Juana
denantes, y ella al reclamo
respondió. ¿Mas si se humana
con este necio, y mi amo
echa la culpa á Doña Ana?
Para ser recado, era
muy cerca aquel razonar;
y quando recado fuera,
no hay quien no sepa templar
sus falsas con la tercera.
Pero pasos he sentido,
si el miedo no los imita:
retirome á ver, que ha sido.
Un soliloquio me quita,
como del altar, el ruido. *retirase.*

*Salen Don Cosme con una escala en la mano y Juancho.*

D. COSME.

Desde la casa del juego
me he venido paso á paso
á mi casa, y es el caso,
ya me entiendes, que estoy ciego.
Toma aquella escala, y ve *dasela.*
á la casa de Doña Ana;
que ya tengo hablado á Juana,
y hará, lo que yo me sé:
ofrecela treinta minas,
y di, que la ponga luego;
que ya yo sé, que Don Diego

se acuesta con las gallinas.

MARTIN.

Don Cosme es sin duda (¡ay Dios!)
y hablando con Juancho está.
Si ha visto á Don Diego ya,
buena la hicimos los dos.

D. COSME.

Llevala, pues.

JUANCHO.

Yo voy.

D. COSME.

Tente,
y escucha un poco.

JUANCHO.

Ya escucho.

D. COSME.

Lo que la has de encargar mucho,
es, que la ate fuertemente;
que aunque al mirar su belleza,
á Doña Ana el alma di,
no quiero, que sea mi
quebradero de cabeza.

JUANCHO.

Y el atarla esa mozuela,
que apadrina tu aficion,
¿ha de ser en el balcon
que cae á la callejuela?

D. COSME.

¡Cómo qué? Por Dios, que trahe

lindas maulas. Majadero,
¿no os he dicho, que no quiero
que sea en el balcon que cae?
Pero descuidaos: por vida
vuestra, que vos subireis
delante de mí, y me hareis
la salva de la caida. *vase Juancho.*
Ahora bien, á mi aposento
un rato me quiero entrar,
y á mis solas ensayar
un bello razonamiento,
para decir lindamente
á Doña Ana mi sentir;
porque el hablar y el morir
no quieren ser de repente. *vase.*

*Sale Martin.*

MARTIN.

Uno hácia el quarto se entró,
y otro hácia el zaguan se fue,
que con la luna se ve:
pero él vuelve; ¿si me vió?

*Sale Don Cosme, y encuentra con Martin.*

D. COSME.

Juancho, aguarda, espera, tente.

MARTIN.

Yo callo.

D. COSME.

Que bueno ha sido

Juancho, que no te hayas ido.
Porque haga mas facilmente
Juana, lo que la he pedido,
llevala estos diez doblones.
Esto es, en las ocasiones
*Dale un bolsillo.*
saber ser uno advertido. *vase.*

MARTIN.

Porque haga mas facilmente
Juana, lo que la he pedido,
llevala estos diez doblones.
¡Ay amor! buena la hicimos:
mira, si para un agravio
son menester mas indicios.
¡A Juana Don Cosme, á Juana
seis doblones, y conmigo!
¡Yo el precio vil de mi afrenta!
¡Yo sin honra y con bolsillo!
Vive Dios que los echára
mas altos que treinta gritos,
si no fuera por las cruces
y las armas de Carlillos.
Pero otra vez siento pasos,
que se acercan; no ha podido
quaxarseme un soliloquio,
por mas que lo solicito.
*Salen Doña Isabél é Inés asustadas, y Don Diego con ellas.*

D. ISABEL.

¿Dónde queda?

INES.

Hácia tu quarto
se entró.

D. ISABEL.

¿Si nos ha sentido?

INES.

Pienso que sí; porque entraba
con pasos muy desmedidos.

D. ISABEL.

¡Terrible susto! Don Diego,
nunca acrediteis lo fino
con lo arrojado; idos presto;
que de tal suerte he sentido
este atrevimiento vuestro,
que á ser hombre de otro estilo
mi hermano, de él me valiera
contra vuestros desvaríos.
Idos, pues.

D. DIEGO.

Bella Isabél:::

D. ISABEL.

Reparad en mi peligro.

D. DIEGO.

¿Cómo, reparando en él,
puedo dexar de asistiros?

D. ISABEL.

Porque el peligro es, que os halle

aqui mi hermano conmigo.

D. DIEGO.

Pues ya que:::

D. ISABEL.

No he de escucharos.

D. DIEGO.

Obediente:::

D. ISABEL.

No he de oíros.

D. DIEGO.

Pues sepa yo, que no voy
en desgracia vuestra.

D. ISABEL.

Digo,
todo lo que vos quisiereis.

D. DIEGO.

Dichoso infeliz he sido.
Martin.

MARTIN.

Aqui estoy. ¿Nos vamos?

D. DIEGO.

Sigueme.

MARTIN.

¿No es mejor, irnos
por la puerta de la calle,
que ahora salió Juanchillo,
y se la ha dexado abierta?

D. DIEGO.

Bien dices :: vente conmigo

hácia tu casa, que quiero;
ver á tu amo.

MARTIN.

Prestico;
que un hermano bobo monta
mas que un bellaco marido. *vanse.*

D. ISABEL.

¿Fueronse ya?

INES.

Ya se fueron.

D. ISABEL.

Muerta estoy.

INES.

Si nos ha visto,
es un Nerón, y no doy
por nuestras vidas un higo.

D. ISABEL.

Inés, volvamos adentro,
antes que::: ¡Pero qué miro!
Mi hermano vuelve, la espada
desnuda, el color perdido,
y los pasos descompuestos.

INES.

Yo doy la vida, y no miro.
Con una luz en la mano,
y vibrando el vengativo
acero, hácia acá se acerca.

D. COSME *dentro.*

¿Dónde vás, hombre atrevido?

Mira, que te mato.

D. ISABEL.

Ya
evidencias, y no indicios,
me asustan. Inés, ¿qué harémos?

INES.

Fuerza ha de ser, el salirnos
al zaguán, pues no podemos
volver adentro. Aturdido
tengo todo el corazon.

D. ISABEL.

Nada acierto: nada elijo.
Mas ya llega: vén aprisa.

INES.

Muerta estoy.

D. ISABEL.

Voy sin sentido.

*Vanse, y sale Don Cosme con una luz en la mano, y la espada desnuda.*

D. COSME.

Despues de haber ensayado
un razonamiento altivo,
con que decirle á Doña Ana,
que quiero ser su marido:
por otra tal he tomado,
y con la espada he venido
ensayando una pendencia,
por si acaso me acuchillo;
y llevado del afecto,

dí á mi contrario dos gritos;
porque yo siempre acostumbro
hablar recio, quando riño.
Pesaráme, que mi hermana
se haya asustado de oírlo;
mas ya dormirá; que es suya,
y no oyó, por quién se dixo:
¿Cómo amorosos cuidados
consienten ojos dormidos?
Vuelva el acero á la vayna,
y bien sabe el acerillo,
que es ésta la vez primera,
que vuelve á la vayna limpio.

JUANCHO *dentro.*

Vayanse á pasear las muy:::
y no digo mas.

D. COSME.

Juanchillo,
¿qué es eso?

*Sale Juancho.*

JUANCHO.

Que en el zaguán
se nos habian metido
dos mujeres.

D. COSME.

¿De qué porte?

JUANCHO.

De seda eran los vestidos;
pero serian de porte

medio real.

D. COSME.

Qué Vizcaíno
te estás. Serian quexosas,
que me rondan por esquivo.
¿Y fueronse?

JUANCHO.

Como vieron,
que tú salías al ruído,
apretaron á correr,
y yo cerré.

D. COSME.

No me admiro:
soy de codiciar, y hay muchas,
que honrarse quieren conmigo,
y con la sangre Mendieta,
que me dexó el padre mio
en su testamento. ¿Y bien,
hablaste á Juana? ¿Qué ha dicho
de la escala?

JUANCHO.

Que estaria
puesta, y todo prevenido.

D. COSME.

¡Lo que hacen unos doblones!
Este es muy fiel Vizcaíno; *aparte.*
no sisaria: Jesus,
jurára por él á Christo.
¿Y es Juana moza de fuerza?

JUANCHO.

Moza de fuerza y de brio.

D. COSME.

Cómo ella ha de atar la escala:::
Digolo, porque lo digo.

JUANCHO.

Descuida.

D. COSME.

Los de mi casa
siempre hemos sido enemigos
de caídas, porque somos
los Mendietas como un vidrio.
Pero vamos, á hacer hora
de escalar; que ya le he dicho,
que hasta que yo haga la seña,
no la ponga. Vén conmigo,
que quiero dexar cerrada
la puerta; que no me olbido
del cuidado de mi casa;
que tengo en este castillo
una hermana, y las hermanas
guardarlas como Domingos. *Vanse.*

*Salen Doña Ana y Juana con luz.*

D. ANA.

Pon, Juana, esa luz alli,
y vé luego, á abrir la puerta
á Don Luis.

JUANA.

¡Cómo! Estoy muerta.

¡Don Luis viene á verte!

D. ANA.

Sí;
que mi hermano nunca viene
tan temprano á casa, y yo
estoy tan ciega, que no
teme el alma, ni aun previene
los riesgos. Vile en la calle
desde una rexa: intenté
desviarme, y no basté
conmigo á dexar de hablalle.
Dixele, en fin, que á esta hora
viniese á verme; yo estoy
zelosa: lo dixe, y doy
la disculpa á quien no ignora
la culpa de mi cuidado.
Porque sepas, que no admito
réplicas, sé que es delito,
y los ojos he cerrado.

JUANA.

Si ella supiera, que ahora *aparte.*
en el balcon de esta sala
puso poco ha una escala
esta mano pecadora.
No sé, como no ha subido
Don Cosme. ¿Si me engañé,
y de otro la seña fue?
En buen riesgo me he metido.

D. ANA.

¿No vas?

JUANA.

Si, señora: yo
no puedo ya remedialllo. *aparte.*
Voy á obedecer, y callo;
que bien sé decir de no.
Tan bizarramente niego,
que nunca de mí barruntan;
porque niego, si preguntan,
y si porfian, reniego. *vase.*

D. ANA.

Corazon, yo me perdí;
confieso, que estoy mortal,
y voy siguiendo mi mal,
con apartarme de mí.
¡Mas qué es esto! ¿Yo que dí
las flechas de amor al viento,
hoy en mi pecho fomento
el fuego que él encendió?
Miente amor, y miento yo,
si imagino, que no miento.
¿Yo de un hombre, que á otra quiere,
prendada ya con pasion?
Ea, triunfe la razon,
de lo que el amor venciere.
Persuadase; que ya adquiere
el pecho el perdido haliento.
¡Mas ay! que está muy violento

amor, y yo inadvertida,
con creer que estoy rendida,
perficiono el rendimiento.
Finjo y afecto el valor;
pero es salud inconstante;
porque, si quiero á mi amante,
y si á Don Luis tengo amor,
¿qué importa que en lo exterior
esté el sentimiento mudo,
si queda dentro lo agudo
del dolor, que me despecha,
y es esto romper la flecha,
pensando, que la sacudo?

*Sale Juana con Don Luis.*

JUANA.

Entrad, que aqui está. Si puedo
he de llegar al balcon, *aparte.*
en viendolos divertidos,
y quitar la escala.

D. LUIS.

Yo
confieso, que estoy turbado.

D. ANA.

Señor Don Luis, aunque vos
tendreis por atrevimiento
de una mujer como yo,
el tomar esta licencia,
quiero, que aqui entre los dos
apuremos la verdad

de nuestras quexas, y que hoy
busquemos el desengaño
primero, que la pasion,
conociendo, que el remedio
le haga parecer dolor.

D. LUIS.

Yo no sé, hermosa enemiga,
cómo has tenido valor,
para escuchar á un quexoso,
que ha de buscar con su voz
la paciencia de tu oído
primero que la atencion.
Yo no sé:::

D. ANA.

Señor Don Luis,
aunque juzgais, que el amor
me tiene ciega, conozco
los colores, y que hoy
pecan de muy claros esos,
que adornan vuestro fervor.
Menos retorica busco,
y mas afecto.

D. LUIS.

Yo estoy
tan lexos, de ponderar,
que aun, al decir mi pasion,
el dolor me ofende menos,
que el desayre del dolor.
Porque ¿cómo he de deciros,

que al ver vuestra perfeccion,
la lisonja de la luz
se introduxo en el ardor,
y á pocos pasos del fuego
se fue aumentando la accion,
y la luz que me guiaba,
en el humo se escondió?
¿Y cómo pasaré luego,
á quexarme, de que vos,
teniendome de esta suerte,
permitais, siendo quien sois,
que un necio pueda decir,
que escuchais::: Mas, vive Dios,
que no estoy, en lo que digo,
ni sé, á qué titulo os doy
estas inutiles quexas.
Tenedme lastima vos;
que en pleytos de quexas es
desdicha, tener razon.

JUANA.

Yo quito la escala ahora, *aparte.*
que están en fuga los dos.

D. ANA.

¿Dónde vas, Juana?

JUANA.

Parece,
que estaba abierto el balcon,
y le queria cerrar.

D. ANA.

Cierrale, pues.

JUANA.

No nació
con dias mi embuste.

D. ANA.

Cierto,
señor Don Luis, que son
de calidad vuestros zelos,
que he tenido por mejor,
despreciarlos por indignos
de mi oído y vuestra voz;
y acordandome tambien,
de lo que hoy os sucedió
en el quarto de mi hermano
á Doña Isabél y á vos,
solamente he de deciros,
que, si me pintasteis hoy
muy falso y muy despejado
vuestra libre condicion,
os quiero pintar la mia:
y asi, pues entonces yo
os presté un rato el oído,
volvedmele ahora vos.
Yo soy, Don Luis, una dama,
que no conozco ese duende
del amor, sino es por fama;
y aunque no sé, lo que enciende,
sé, lo que alumbra su llama:

porque con ojos atentos
he visto en otras paciencias,
lo que pueden sus tormentos,
y de ajenas experiencias
compuse mis escarmientos.
Las voces, que á su pasion
dá un amante en su despecho,
ó en una ponderacion,
ya sé, que salen del pecho,
huyendo del corazon.
Con solo ajustar la mira,
desentraño sus cuidados,
y saco, al que mas suspira,
la verdad de siete estados
debaxo de la mentira.
De esto nace, que el gemido,
con que llama al ciego Dios
un amante enternecido,
se me entra por un oído,
y se me sale por dos.
Mis ojos en la mitad
de este cuidado halagueño,
que andan trás la libertad,
tratan con cariño al sueño,
y al llanto con sequedad.
Y asi esos tiernos gemidos,
y esas suaves violencias,
guardad para otros oídos;
que yo tengo las potencias

delante de los sentidos.
Eso debe de ser bueno
para Isabeles ; errado
viene , Don Luis , el veneno;
porque acá dán el trenzado
á lo que allá dán el freno.
Gran socorro es lo piadoso
para una fea , que hallára
en amor mucho reposo,
si lo docil no llenára
los vacíos de lo hermoso.
En ella , Don Luis , haced
esas suertes , que impedida
en vuestra amorosa red,
será , quitarla la vida,
hacersela de merced.
Que yo me hallo tan señora
de mí, que sin que este caso
me haga sacar por ahora
á la muerte de su paso,
pienso morirme á mi hora.
Porque al ver, que está de Dios
el no querernos los dos,
en menos que ha que lo digo,
hice la cuenta conmigo,
y puedo vivir sin vos.

D. LUIS.

Nada de quanto decís,
me ha causado admiracion;

porque nunca esperé mas
de mi dicha, ni de vos.
Pero dexad, que me admire,
de que, siendo cómo sois,
ó como os pintais::: ¡Qué escucho!

*Suena una seña en el balcon.*

Señas en vuestro balcon.

D. ANA.

¿Juana, qué es esto?

D. LUIS.

Qué bueno.
Juana, dí con turbacion,
como que á tu ama temes,
que estos son yerros de amor,
y que á tí te hacen la seña.
¿No es esto asi?

JUANA.

Yo, señor,
no sé nada. Este es Don Cosme; *ap.*
temblando de miedo estoy.

D. ANA.

Don Luis.

D. LUIS.

No hay Don Luis, Doña Ana.
Estos desengaños son
muy costosos; yo no tengo,
para sufrirlos, valor.
A Dios, á Dios.

D. ANA.

Tente, espera;
que has de averiguarlo.

D. LUIS.

¡Yo!
¿A qué proposito? Aparta.

D. ANA.

No te has de ir.

D. LUIS.

Si es prevencion,
porque no me vean salir,
por eso mismo me voy.

D. ANA.

Don Luis, el cielo me falte,
si sé, quién es, y es rigor::
¡Pero qué es esto! *suena ruído.*

D. LUIS.

Esto es ya,
hacer fuerza en el balcon,
para abrirle.

JUANA.

¡Yo estoy muerta!

D. ANA.

¡Quién será! Valgame Dios.

D. LUIS.

Yo lo sabré de esta suerte.

D. ANA.

Tente: ¿dónde vas?

D. LUIS.

Ya estoy
resuelto, á cumplir conmigo,
pues no he de cumplir con vos.

JUANA.

Buena la hemos hecho.

D. LUIS.

Ahora
sabrémos, quién es.

*Abre el balcon, y sale por él Martin.*

MARTIN.

¿Señor,
tú aqui? ¡Terrible desdicha!

D. LUIS.

¡Qué es esto!

MARTIN.

¡Fuerte ocasion!

D. LUIS.

¿Qué trahes?

MARTIN.

Escondete aprisa.

D. LUIS.

¿Cómo? ¿De quién?

MARTIN.

Qué se yo.
De Don Diego.

D. ANA.

¿De mi hermano?
¿Pues dónde está?

MARTIN.

Hecho un Nerón,
queda en la calle.

D. LUIS.

¿De qué?

MARTIN.

De que ha visto en el balcon
la escala.

D. ANA.

¿La qué?

MARTIN.

La escala.

D. ANA.

¿Pues quién (sin haliento estoy)
pudo atreverse:::?

D. LUIS.

¿Esto mas?
Doña Ana, dí, que es rigor,
el no creerte.

D. ANA.

¿Don Luis:::?

D. LUIS.

Ya, ingrata, se acabó
Don Luis. Prosigue, Martin:
sepa todo el lance yo,
para ver, lo que he de hacer.

MARTIN.

Viniendo ahora los dos,
de buscarte, despues que

fui un rato su guardador
de espaldas en otro lance,
que dixe en otra ocasion,
dió la vuelta hácia su casa,
por no haberte hallado, y vió
con los rayos de la luna,
pendiente de ese balcon
una escala: fue á la puerta
de la calle, y la encontró
abierta; quedó aturdido,
y el mismo ciego furor
le hizo discurrir entonces,
que, si entrar por el balcon,
resolvía, por la puerta
se le iria el agresor;
y si por la puerta entraba,
dexaba sin prevencion
la ventana; y asi quiso,
que entrase por ella yo,
á solo espantar la caza,
remitiendo á su valor,
el guardar ambas salidas.
Mirad ahora los dos,
qué habeis de hacer; porque él queda
en la calle.

D. ANA.

¡Muerta estoy!

D. LUIS.

¡Fuerte empeño!

JUANA.

En hora mala *ap.*
troqué la seña.

MARTIN.

Señor,
resolvamonos aprisa.

D. LUIS.

Doña Ana, aunque está mi amor
por tan claras evidencias
desobligado de vos,
soy caballero, y está
obligado mi valor.
Adentro os podeis entrar;
que aqui retirado yo,
veré, en lo que pára el lance,
y os defenderé; que no,
porque esté ahora sin gusto,
estoy sin obligacion.

D. ANA.

Don Luis, el Cielo es testigo,
de que yo sin culpa estoy.

D. LUIS.

Bien está: no os detengais
en disculpas.

D. ANA.

Pues á Dios;
que en esa quadra estaré,
viendo lo que pasa.

D. LUIS.

Y yo
en esa de esotro lado.

MARTIN.

Y yo hácia la calle voy,
á deslumbrar á Don Diego. *vase.*

D. LUIS.

Buen pago dais á mi amor.

D. ANA.

Vos vereis el desengaño.

D. LUIS.

¿Qué desengaño mayor?

JUANA.

Aprisa; que siento pasos
allá fuera.

D. ANA.

A Dios.

D. LUIS.

A Dios.

*Retiranse á los dos lados, y salen Doña Isabél é Inés con mantos.*

INES.

Todo está solo.

D. ISABEL.

Entra, Inés,
y pregunta por Don Diego;
que ya que fue su amor ciego
causa de mis riesgos, es
empeño suyo, ampararme,

y mio, el no desear
otro amparo en mi pesar,
quando por él llego á hallarme
perdida.

INES.

Bien se ordenó,
el que estos mantos nos diese
mi amiga, sin que supiese
la causa, que me obligó
á pedirlos. Ya no es tanto
mi miedo; que una mujer
no conoce á quien temer,
si se vé detrás de un manto.

*Sale Don Cosme.*

D. COSME.

Cansado vengo y rendido.

INES.

¡Ay Dios! que es tu hermano.

D. ISABEL.

¡Quién

INES.

El es.

D. ISABEL.

Pues cubrete bien.
¡A quién esto ha sucedido!

D. COSME.

Buscando la escala, hallé
la puerta de mi Doña Ana
abierta, y tube mas gana

de entrarme aqui por mi pie,
que por los pasos ajenos
de una escala majadera,
que por lo menos me hiciera
una cabeza de menos.

D. LUIS.

¡Tapadas aqui! ¡Qué es esto!
¡Y Don Cosme!

D. ANA.

¡Hay mas extraño
suceso!

D. LUIS.

Parece engaño
del sentido.

D. COSME.

Yo protesto,
ser cortés en la ocasion.
Abro, pues. ¡Pero aqui están
dos tapadas! ¡Quién serán!
¿Mas qué pregunto? Ellas son.
Doña Ana es sin duda alguna,
que impaciente de aguardar,
me queria ir á buscar:
yo tengo gentil fortuna.
¡Oh qué bien he discurrido!
Luego mi ingenio lo errára.
Vive Dios, que es cosa rara
lo que tengo de entendido.
Lleguemos, pues. Yo quisiera:::

D. ISABEL.

¡Hay mas infeliz mujer!

D. COSME.

Como dixo el otro, ver
toda la carilla entera.

*Salen Don Diego y Martin.*

D. DIEGO.

Como tardaste en salir,
hice la escala pedazos,
y volviendo hácia la puerta,
ví dos mujeres, que entraron
en mi casa; aguardé un poco,
que pasase mas abaxo
un hombre, que por la calle
venía, y acá se ha entrado
tambien. ¿Qué puede ser esto?

MARTIN.

Yo los encontré, baxando
al zaguán; mas no me vieron.

D. DIEGO.

Aguarda; que, ó yo me engaño,
ó es Don Cosme.

MARTIN.

El es, y está
con dos damas porfiando.

D. DIEGO.

Y ellas se recatan de él.
Escucha un poco.

D. ANA.

Mi hermano
entró ya. ¡Valgame Dios!
Si se quitasen del paso,
para que salga Don Luis.

D. LUIS.

Don Diego entró. Bien me ha estado,
que con los dos se detenga.

D. DIEGO.

Yo me resuelvo á apurarlo.

D. COSME.

Dale que ha de estar tapada.
Pero ¿quien:::? ¿Don Diego? Andallo,
aqui se ha de hundir el mundo.

D. ISABEL.

¡Hay mas raros sobresaltos!

D. DIEGO.

¿Don Cosme, qué es esto? ¡Vos
entrais de esa suerte!

D. COSME.

Paso.
No me pregunteis, Don Diego;
que no respondo en el campo.
Yo estoy resuelto, á amparar
á vuestra hermana. Apartaos,
Doña Ana, hácia mis espaldas,
por si hubiere chincharrazos.

*Empuña la espada, y ponese detrás Doña Isabél, y se descubre á Don Diego.*

D. DIEGO.

Mi hermana::: ¡Pero qué miro!
Doña Isabél es; que el manto
levantó, para avisarme.
¡Hay empeño mas extraño!

D. COSME.

Vive Dios, que me ha temido.
¿Si ès gallina? ¿Quereis algo
para ello? ¿Qué decís?

MARTIN.

Señores, este menguado
nos ha de quitar el juicio.

D. LUIS.

Absorto estoy, de escucharlo.

D. COSME.

Si estais de paz, acabemos:
que me cansa lo empuñado.

D. DIEGO.

No sé qué hacer; pues no es bien
sufrir, que ni aun engañado, *aparte.*
piense, que me ofende. A todo
he de ocurrir.

D. COSME.

Buen cuñado
por cierto.

D. DIEGO.

Señor Don Cosme,
vos padeceis grande engaño.
Esta dama, que tapada

de vos se está recatando,
ni es mi hermana, ni yo puedo
dexarla; que he de estorvaros
con mi acero, el conocerla,
si os resolveis á intentarlo.
*Empuña, y ponese delante de Doña Isabél.*

D. COSME.

Patarata, patarata;
de risa estoy reventando.
Asi es la corte. Que no es *aparte.*
su hermana dice el cuitado,
y es eso, no querer darse
por entendido del caso;
mas no le valdrá. Don Diego,
no hay cosa, como hablar claro.
Vuestra hermana, que decís,
que no es la que está escuchando,
era mi mujer *in mente*,
y para hablarla en el caso,
hice poner una escala
á ese balcon.

D. LUIS.

¡Qué he escuchado!
¿De este necio era la escala?
¡Ah traydora!

D. ANA.

Bien quedamos
de esta vez, vanidad mia.

D. DIEGO.

Atandome está las manos *aparte.*
su hermana, para que aqui
no le dexe castigado
de este atrevimiento.

D. COSME.

Y, como
digo de mi cuento, hallando
la puerta de pár en par,
por ella de entrar acabo.
Mas soy tan pundonoroso,
y el veros tan reportado
me ha desquaxado de suerte,
que ya se me vá quitando
la gana, de ser su esposo:
y por Jesu-Christo santo,
que por no tener mujer
civil de parte de hermano,
si no me matais primero,
no he de ser vuestro cuñado. *vase.*

D. DIEGO.

Esperad.

D. ISABEL.

Tened, Don Diego.
¿Quereis perderme?

D. DIEGO.

¡Hay mas raro
disgusto! ¿Doña Isabél,
pues vos:::? ¡Qué es esto! ¡En mi quarto

de esta suerte, y á esta hora!

D. ISABEL.

Ya, Don Diego, me ha empeñado
mi fortuna, en que mi honor
solicite vuestro amparo,
quando padece por vos
estos riesgos.

D. DIEGO.

¿Yo he causado
vuestros riesgos?

D. ISABEL.

Sí; que luego
que os fuisteis, y yo á mi quarto
asustada, como visteis,
me quise volver, mi hermano
salió de adentro, la espada
desnuda, el color turbado,
y las voces descompuestas;
y fue fuerza, retirarnos
Inés y yo, hasta el zaguán,
desde donde nos hallamos
empeñadas en salir
huyendo á la calle; y quando
me ví sin otro recurso,
pidiendo Inés estos mantos
á una amiga suya, vine
á deciros el estado,
en que vuestro amor me ha puesto;
y apenas habia llegado,

quando pasó, lo que aqui
habeis visto.

D. LUIS.

El mismo caso
me ha de sacar del empeño.

D. DIEGO.

No teneis que congojaros,
ni rendiros; pues yo estoy
bella Isabél, empeñado
en defender vuestra vida;
y así, señora, entre tanto,
que se median estas cosas,
podeis estar en el quarto
de mi hermana.

D. ANA.

Solo ahora
me faltaba sobre tantos
este pesar mas.

D. ISABEL.

Don Diego,
lo primero que os encargo,
es, que no me vea Doña Ana.

D. DIEGO.

¿Pues por qué?

D. ISABEL.

No es éste caso,
para que nadie lo sepa.

D. DIEGO.

¡Pues mi hermana debe daros:::!

D. ISABEL.

Por ningun caso, Don Diego.

D. DIEGO.

Bien está.

D. ISABEL.

No fuera malo,
dar venganza á mi enemiga.

D. DIEGO.

Si fuera algo mas temprano,
os pusiera en un Convento,
donde estareis, entre tanto
que con mas decoro vuestro
llega de mi dicha el plazo.
Mas no es posible á esta hora
disponerlo, ni yo hallo
otro medio, que pedir
por esta noche su quarto
á Don Luis, de quien hoy solo
puedo fiar mi cuidado,
trahiendole á él conmigo,
porque esteis con el recato,
que se debe á vuestro honor.

D. ISABEL.

Mi honor solo está en mi mano;
vuestra me hizo la fortuna,
y en lo demás, en juzgando
vos, que es decente, no tengo
que reparar: mas reparo,
en que no sepa, quién soy

vuestro amigo.

D. DIEGO.

Eso dexadlo
á la atencion de mi amor.
Aunque el ser de este menguado
la escala, y lo que yo fio *ap.*
de la atencion y el recato
de mi hermana::: Mas despues
apuraré todo el caso;
que esto es ya lo mas preciso.
Vamos, pues, señora.

D. ISABEL.

Vamos.

D. DIEGO.

Ven, Martin. *vanse.*

MARTIN.

Famosamente
se ha dispuesto, que mi amo
salga del riesgo en que está,
y de camino ha apurado
sus zelos: mi tema es,
que un bobo basta á embobarnos
á todos, que á mí tambien
con Juana zelos me ha dado;
y yo soy tan para poco,
que un soliloquio no acabo. *vase.*

*Salen Don Luis y Doña Ana.*

D. LUIS.

Irme sin verla, quisiera.

D. ANA.

¿Don Luis, dónde vais? Yo salgo *ap.*
corrida.

D. LUIS

Doña Ana, á Dios.

D. ANA.

Oid.

D. LUIS.

Mucho desenfado,
ó mucho valor teneis;
pues, vuestro respeto ajando,
quereis oir el lenguage
de un hombre desengañado.

D. ANA.

¡Ah! Pese á mi sufrimiento;
pues soy tan necia, que á hablaros
de veras, me mortifico,
en la accion de un mentecato.

D. LUIS.

Yo me holgára, de ser facil
de creer, para aventuraros,
con lo docil del oido,
los adornos del engaño.
Mas no estoy:::

D. ANA.

Ea, callad;
que temo mucho, acordaros,
quan necio estais, y correrme,
en habiendooslo acordado.

La osadia de este loco
remediará:::

D. LUIS.

¿Quién?

D. ANA.

Mi hermano,
que la ha sabido, ó yo sola,
que para el remedio basto.

D. LUIS.

¡Remedio! ¿Y decid, con eso
queda cabal vuestro garbo,
si es propiedad del remedio
el llegar despues del daño?

D. ANA.

¿De suerte, que yo sabria,
lo que este necio ha intentado?

D. LUIS.

Dexadme: no me obligueis,
á responder.

D. ANA.

¿Y esperando
á este necio, os llamaria?
¿Para qué? Para ocultaros
mi delito.

D. LUIS.

¿Y ese necio
tendria esos desacatos,
si antes no le ocasionára
la infamia de vuestro agrado?

D. ANA.

Advertid, que hablais conmigo.

D. LUIS.

¿Advertido y desayrádo
me quereis? Quedad con Dios.

D. ANA.

Mirad, que estoy violentando
mi decoro, en deteneros.

D. LUIS.

¿Y que haré yo, en escucharos?

D. ANA.

Por mí ha de volver el tiempo.
Vos vereis, que todo es falso.

D. LUIS.

¿El tiempo? Bueno: ¿Y mis zelos,
quereis, que estén tan de espacio?

D. AÑA.

Ahun bien, que está vuestra dama
esta noche en vuestro quarto.

D. LUIS.

¿Despropositos ahora,
que las disculpas faltaron?
Ea, dexadme.

D. ANA.

¿Qué os dexe?
Bien está; ya os dexo, y tanto,
que no habeis de verme mas.

D. LUIS.

¿Yo veros? Partame un rayo,

si lo intentáre.

D. ANA.

Y á mí,
si en eso os fuere á la mano.

D. LUIS.

¿Jurais?

D. ANA.

¿No jurasteis vos
primero?

D. LUIS.

Mucho intentamos, *ap.*
corazon.

D. ANA.

Amor, muy presto
os habeis determinado. *ap.*

D. LUIS.

¡Yo verla!

D. ANA.

¡Yo detenerle! *ap.*
Oid: mirad.

D. LUIS.

¿Teneis algo,
que mandarme?

D. ANA.

Nada: solo,
que advirtais, que habeis jurado.

D. LUIS.

Bien está; á Dios: pero oid.

D. ANA.

¿Qué quereis?

D. LUIS.

Si os he llamado,
solo queria deciros,
que no sé, jurar en vano.

D. ANA.

¡Esto es amor! Yo voy muerta. *ap.*

D. LUIS.

¡Esto es querer! Voy rabiando. *ap.*

D. ANA.

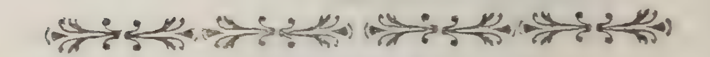
¿Dónde estais, mis altiveces,
que asi os dexais mis agravios?

D. LUIS.

¿Dónde estais, mis desahogos,
que en veras habeis parado?



# JORNADA TERCERA.



*Salen Don Cosme y Juancho.*

JUANCHO.

Esto es cierto.

D. COSME.

¡Qué eso pasa!

JUANCHO.

Un vecino, que lo vió,
me lo dixo á mí.

D. COSME.

¡Qué entró
Don Diego anoche en mi casa!

JUANCHO.

Si, señor: Don Diego ha sido
sin duda, y él, diz, que ahora
tiene oculta á mi señora.

D. COSME.

¡A mi hermana se ha atrevido
Don Diego!

JUANCHO.

Es gran desafuero.

D. COSME.

¡Don Diego!

JUANCHO.

Don Diego, pues.

D. COSME.

Mucho me espanto; porque es
bonisimo caballero.

JUANCHO.

Yo no llegára á decillo,
si no estubiera informado.

D. COSME.

¿Heme puesto colorado?

JUANCHO.

No lo veo.

D. COSME.

¿Ni amarillo?

JUANCHO.

No, señor.

D. COSME.

Es gran mentira.
¿Ni palido?

JUANCHO.

No lo toco.

D. COSME.

¿Ni verdinegro?

JUANCHO.

Tampoco.

D. COSME.

¿Pues en que entiende la ira?

¿Que es posible, que no echo
llamas por los ojos?

JUANCHO.

Muda
es tu colera.

D. COSME.

Sin duda
tiene que hacer en el pecho.
Quiero, pues, soplar su fuego.
¡Que es posible que asi fue!
¡Don Diego á mi hermana! A fe,
que me ha cansado Don Diego.

JUANCHO.

¿Cansado? Poco te amarga;
pues hablas con tal descanso.

D. COSME.

Majadero, ¿si me canso,
no me echaré con la carga?
¿Pareceos, que no darán
la muerte á Don Diego? Luego
haced doblar por Don Diego
al primero sacristan,
y por quantos Diegos dora
el sol desde polo á polo;
porque por aqueste solo
piensan la hora de ahora
sin dudas ni pareceres,
matar mis enojos ciegos
mas de quatro mil Don Diegos,

sin los niños y mujeres.

JUANCHO.

Eso si es, lo que conviene.

D. COSME.

¿Heme demudado ya?
¿Mas que un color se me va
tras otro, que se me viene?
Tú eres Vizcaino honrado,
y tienes el juicio presto;
pues hagote para esto
de mi consejo de estado.
Haz cuenta, que viene allí
Don Diego. Yo me mesuro;
él disimula perjuro;
yo se lo entiendo entre mí;
llego en ademán valiente,
mirole con rostro fiero,
él me quita á mí el sombrero,
y yo le digo, que miente.

JUANCHO.

¡Jesus, y qué arrojamiento!

D. COSME.

¿Pues habrá mas que dexallo?
Eso tengo yo, que callo
en viendo, que no contento.
Va por acá. Su venida
advierto: saco el acero,
y digole: caballero,
venga mi hermana ó la vida.

JUANCHO.

¿Eso habias de decir?

D. COSME.

Pues darele?

JUANCHO.

Es mala accion.

D. COSME.

¡Qué revesados que son
los principios del reñir!

JUANCHO.

¿Eso un caballero ignora?
Has de llegar muy compuesto,
y has de decirle: en tal puesto,
cuerpo á cuerpo, y á tal hora.

D. COSME.

Dexalo. ¡Que necia tema!
¿Compuesto y ayrado? hay tal:
¿Y si me diese algun mal
la colera con la flema?
Pero ya que ello ha de ser,
paciencia, y matarle luego.
Aguarda aqui, mientras llego
á aquella botica, á hacer
un papel de desafio,
que le lleves.

JUANCHO.

¿No es mejor
decirselo tú, señor,
boca á boca?

D. COSME.

Desconfio.

Porque si me habla contrito,
me moverá hoy á piedad;
y en fin, yo soy en verdad
mas airado por escrito.

JUANCHO.

Vaya; pero no quisíera,
que al tomar este papel,
alguna libertad él
airado me respondiera,
y me matára al sereno.

D. COSME.

Bien. ¿Y querriades vos
uno, y para mí otro Dios?
Vení acá. ¿Y sería muy bueno,
que al llegar yo, á señalarle
la campaña, muy mohino
me dixera un desatino,
que me obligára, á matarle?
Noramala, hacedlo asi:
rompeos y desasnaos:
y si os matáre, dexaos
matar, que yo estoy aqui. *vase.*

JUANCHO.

Yo sirvo á un entendimiento
de gran fondo. Cosa rara,
y digna cierto de envidia,
es el consuelo, que gastan

los bobos en este mundo,
y aquella gran confianza,
de que imaginan, que son
sentencias las patochadas.

*Sale Juana con manto y un papel.*

JUANA.

Dos horas ha, que perdida,
con un papel de mi ama,
ando buscando á Don Luis.
Pero Juancho es este: vaya,
mientras hago otro papel,
el tal papel á la manga;
que esto que vale dineros,
es primero. ¿Juancho?

JUANCHO.

Juana,
bien venida.

JUANA.

¿Dónde está
tu amo?

JUANCHO.

Por ahí anda
como anima en pena. Y bien,
¿qué hay de nuevo?

JUANA.

Que mi casa
está llena de temores;
que Don Diego trahe la cara
rostrituerta, y desde anoche

no ha entrado, á ver á su hermana;
que ella pierde el juicio, viendo,
que se puso aquella escala
sin su orden, y que yo
niego tan disimulada,
que casi yo misma creo
mi mentira.

JUANCHO.

Esa es la gracia;
que quien bien miente, bien siente.

JUANA.

No sino mentir sin alma.
Pero allí he visto á Don Luis *ap.*
por aquella encrucijada
muy de prisa; quiero darle
este papel de mi ama.
A Dios.

JUANCHO.

¿Donde vas?

JUANA.

Ya vuelvo.

JUANCHO.

Esperate: no te vayas;
que al punto vendrá mi amo.

JUANA.

No puedo esperar.

JUANCHO.

Aguarda;
que no te has de ir.

JUANA.

Bueno es eso;
vaya el bribon noramala.

JUANCHO.

¿ No me escucharás ?

JUANA *dexando caer el papel.*

No niega
el Vizcaino su patria,
muy ladino de porfias,
y muy corto de palabras. *vase.*

JUANCHO.

¡Hay tal polvora! No sé,
que ha visto, que con tal ansia
camina. Pero un papel *alzale.*
se le cayó: de su ama
es sin duda, y es sin duda
para el mio; pues llegaba
á preguntarme por él.
Yo he dado con linda maula:
dichoso he sido: perdió
las albricias la cuitada.

*Sale Don Cosme con un papel.*

D. COSME.

En este papel le reto
de saltcador, hurta hermanas;
para que salga, si es hombre,
y si no, mas que no salga;
que él está escrito en botica,
y para matarle basta.

Juanchillo, aqui está el papel
del tal desafio.

JUANCHO.

Aguarda.

¿Qué me albriciarás, si yo
te doy ::? Mas no digo nada.

D. COSME.

¿Qué me has de dar? Dilo presto.

JUANCHO.

¿Que me has de dar? Dilo: acaba.

D. COSME.

Conforme fuere.

JUANCHO.

Un papel.

D. COSME.

¿Va un quarto, que es de Doña Ana?

JUANCHO.

Poco apuestas, para dar
mucho.

D. COSME.

Toma esas patacas.

*Dale un bolsillo, y toma el papel.*

¡Qué feliz soy!

JUANCHO.

Vesle aqui.

D. COSME.

¿Donde le hubiste?

JUANCHO.

De Juana.

D. COSME.

Dexame, que antes de leerle,
con los labios ::: Pero aguarda,
que viene Don Luis. Ahora
te he de hacer segunda paga
del papel.

JUANCHO.

¿Cómo?

D. COSME.

Eres bobo.
Escucha un poco, y sabrasla.

*Salen Dou Luis y Martin.*

D. LUIS.

No puedo hallar á Don Diego.

MARTIN.

El nos citó á nuestra casa
anoche, para llevar
á Isabél, y esta mañana
me dixeron en la suya,
que madrugó.

D. LUIS.

El intentaba
llevarme consigo anoche;
mas yo me fui á una posada,
por no embarazarle; y pienso,
que por huir de Doña Ana.

D. COSME.

Seais, Don Luis, bien venido.

D. LUIS.

¿Don Cosme? No me faltaba *ap.*
otro hazar sobre mis penas.

D. COSME.

Don Luis amigo, palabras.

D. LUIS.

Decid.

D. COSME.

Yo estoy agraviado
por mis pecados. La causa
yo me la sé. Quien me ofende
es don Diego y una hermana,
que Dios me dió para él,
pues él solo en ella manda.
En este papel le digo
con toda amistad, que salga
á reñir conmigo; y vos,
pues sois amigo de entrambas
partes, habeisle de dar
el tal papel en sus barbas.

D. LUIS.

Don Cosme, (¡hay tal majadero!)
ya que me dais tan extraña
comision, yo llevaré *toma el papel.*
el papel; mas quando salga
Don Diego á reñir con vos,
saldré yo á su lado.

D. COSME.

¿Es chanza?

¡Dos contra uno!

D. LUIS.

Sacad
otro padrino á campaña.

D. COSME.

Yo buscaré algun valiente
de colera ajena y brava.
Con esto, quedad con Dios,
y veamonos mañana,
si vivimos. Ven, Juanchillo;
que ya te dí la otra paga
del papel, con excusarte
la vuelta, que recelabas. *Vanse los dos.*

D. LUIS.

¡Hay mas raro mentecato!

MARTIN.

Bien notable es su ignorancia;
pero mas sabe que tú,
pues te ha soplado la Dama.

D. LUIS.

Dexalo: no me lo acuerdes;
que el caso de aquella escala
me tiene muerto.

MARTIN.

Y á mí,
el no haber hallado á Juana,
para que entre ambos se acabe
el soliloquio de marras.

*Sale D. Diego.*

D. DIEGO.

¿Don Luis amigo?

D. LUIS.

¿Don Diego?

D. DIEGO.

Rato ha, que esperando estaba,
á que os dexase ese necio.
¿Qué os queria? ¿Qué os hablaba?
que me tiene cuidadoso
el suceso de su hermana,
y ya tengo prevenida
la licencia, para entrarla
en un Convento, entre tanto
que estos disgustos se acaban.

D. LUIS.

Un famoso cuento os tengo.
Habeis de saber, que trata,
de reñir con vos.

D. DIEGO.

Pues sabe,
que está oculta por mi causa
Doña Isabél?

D. LUIS.

No lo sé.
Pero aqui de darme acaba
un papel de desafio
para vos, y tendrá extraña
nota. Riamos un poco,

antes de reñir.

D. DIEGO.

Yo estab
con animo de buscarle,
porque se atrevió á mi casa
anoche, y lo he dilatado,
hasta poner á su hermana
en el Convento. Don Luis,
dadme el papel. *Dale D. Luis el papel.*

MARTIN.

Ya le aguardan
á la puerta tres ó quatro
millones de carcajadas.

D. DIEGO.

Dexadmele leer primero,
porque no se pierda nada,
leyendo mal. ¡Mas qué miro! *ap.*
Esta letra (estoy sin alma)
no es de mi hermana!

D. LUIS.

Martin,
llegate acá. ¿No reparas,
qual se ha parado Don Diego,
leyendo el papel?

MARTIN.

La cara
se le ha mudado á tres barrios,
desde que le abrió.

D. LUIS.

Con rara
turbacion vuelve á mirarme
de quando en quando.

D. DIEGO.

Turbada
la atencion mis mismos ojos *ap.*
desmiente. ¡A Don Luis mi hermana!
Vuelvo á leer; que no es posible.

MARTIN.

Tén, que otra vez le repasa.

*Lee D. Diego aparte.*

*Señor Don Luis, anoche (si no me acuerdo mal) hicisteis juramento simple de no volver á verme; y temiendo, que habeis de quebrantarle, y salir con la frialdad de que no viene á verme, quien me busca ciego, me salgo esta tarde disfrazada á Leganitos, huyendo de vos; y os lo aviso, para que sepais, donde habeis de apartaros de mi. Dios os guarde. Así, llevad con vos á mi hermano, con pretexto de que os asista desde léjos, para que yo esté segura, de que no me ha de buscar en casa; y os prevengo esto, por si acaso os dexais de vuestra mano.*

Valgame el Cielo. Este golpe,
que mi suerte me guardaba,
es de aquellos, que se sienten

en lo mas vivo del alma.
¡Mi hermana á Don Luis! ¡Don Luis,
siendo mi amigo, á mi hermana!
El ha trocado el papel,
y ha creido, que me daba
el de Don Cosme. ¿Qué haré?
que aunque la razon me llama
hácia el enojo, ella misma,
deteniendome la espada,
me dice, que en estos casos
no remedia, sino daña
la espada; porque el honor,
ahun con la sangre, se mancha.
Lo que conviene, es callar,
hasta saber de mi hermana
todo el fondo á mi desdicha.
Quiero, pues, ir á buscarla,
y á justificar mi queja,
antes que de apresurada
lo eche á perder la razon,
ó se yerre la venganza.
Don Luis, á mí se me ofrece
un negocio de importancia.
Quedaos con Dios.

D. LUIS.

Bueno es eso.
Pues, quando á reñir os llama
este necio, y yo le he dicho,
que con otro al campo salga,

porque he de salir con vos,
¿quereis, que os dexe?

D. DIEGO.

Ahora basta,
que os diga, que no es pendencia,
en lo que el papel me habla;
y que si llegare el caso
de reñir, os doy palabra,
de avisaros.

D. LUIS.

Yo no puedo
dexaros.

D. DIEGO.

Ni yo os dexara,
si pudiera.

D. LUIS.

A qualquier parte
os he de seguir.

D. DIEGO.

Es vana
porfia.

D. LUIS.

Soy vuestro amigo.

D. DIEGO.

Yo os lo diré, quando salga
de una duda, que se ha puesto,
á culpar mi confianza. *Vase.*

D. LUIS.

¿Qué es esto?

MARTIN.

Yo no lo entiendo.
Parece, que va de mala.

D. LUIS.

¿Qué le habrá escríto Don Cosme,
que le ha irritado?

MARTIN.

Es muy agria
la nota de un majadero,
que desafia.

D. LUIS.

A la larga
le he de seguir. Pero alli
viene Don Cosme.

MARTIN.

Y te llama
con la mano y con la ceda
muy de prisa.

*Sale D. Cosme.*

D. COSME.

No era nada
el yerro: ¿Don Luis amigo?

D. LUIS.

¿Que traheis?

D. COSME.

Vengo sin alma.
En denantes (¡bravo chiste!)
creyendo, Don Luis, que os daba
el papel de desafio,

os dí el papel de una Dama,
que recibí al mismo tiempo:
y fuera cosa extremada,
darle un papel de requiebros
por otro de cuchilladas.
Veis aqui el papel ; troquemos.

D. LUIS.

A buen tiempo recordabais.
Ya tiene el papel Don Diego.

D. COSME.

¿Qué decís? ¡Hay tal desgracia!

D. LUIS.

¿Pues qué ha sido?

D. COSME.

¡Jesu-Christo!

D. LUIS.

Tened.

D. COSME.

Cayóse la casa.

D. LUIS.

¿Qué es esto?

D. COSME.

¿Pues qué ha de ser?
que es el papel de su hermana.

D. LUIS.

¿Qué decís?

D. COSME.

Ahí está el punto.

D. LUIS.

¡Su hermana:::!

D. COSME.

Como unas natas.

D. LUIS.

¡Os escribe á vos!

D. COSME.

Mirad.

D. LUIS.

¡Su hermana!

D. COSME.

No sino el Alba.

D. LUIS.

¡Hay mas raro desengaño! *ap.*

D. COSME.

Dexadme, Don Luis, que vaya
á remediar, que Don Diego
no la dé algunas patadas,
y quiera luego casarme
con mujer aporreada. *vase.*

D. LUIS.

¿Qué es esto, Martin?

MARTIN.

Muy buenos
quedamos.

D. LUIS.

¡Estoy sin alma!
Verdad es quanto me ha dicho,
y sin duda es de Doña Ana

el papel ; porque el turbarse
Don Diego , el callar la causa
de su turbacion , el irse,
y el dexarme aqui con tanta
resolucion , son indicios:::
¿Mas qué digo, indicios? claras
evidencias, de que escribe,
y favorece esta ingrata
á Don Cosme. ¡Quién creyera
en una mujer tan vana,
tan hermosa y tan atenta
tan mala eleccion!

MARTIN.

¿Tan mala
te parece? ¿Ella no busca
marido? ¿Pues dónde hallára
mejor marido? Mi madre
decia allá en mis infancias,
que el marido ha de ser bobo,
que no conozca las trampas
de su mujer : y añadia,
que la ignorancia era mala,
porque no excusa pecados.
Mas que en el hombre de cas
porque no excusa pecados,
era buena la ignorancia.

D. LUIS.

Dexame: que estoy sin juicio,
y temo alguna desgracia.

Ven conmigo, buscaremos
á Don Diego.

MARTIN.

Andallo, pavas;
que un Bobo hace ciento, y este
(si le dexan) tiene traza
de embobar siete Castillas,
con un poco de Vizcaya. *vanse.*

*Salen Doña Isabel, é Ines poniendola el manto.*

D. ISABEL.

Ines, dame aprisa el manto.

INES.

¿Dónde vas?

D. ISABEL.

Esto ha de ser.

INES.

Mucho tienes que perder,
para resolverte á tanto.

D. ISABEL.

Por tu vida, Ines, que dexes
esos consejos, que das
fuera de tiempo, y jamás
al despechado aconsejes.
Porque, quando la pasion
está obrando tan violenta,
solo sirve, de que sienta
la falta de la razon.
La ceguedad de Don Diego

esta noche me obligó,
á dexar mi casa, y yo,
como sabes, me hallé luego
empeñada, en acetar
este quarto, en que ahora estoy,
que es de Don Luis, y hoy
discurriendo en mi pesar,
hallo, que el estar aqui,
no conviene á mi decencia,
pues no puede en la apariencia
ser inculpable: y así,
puesto que tarda Don Diego,
á la casa de una amiga
me quiero ir.

INES.

Que te diga,
me permite, que si luego
viene á buscarte:::

D. ISABEL.

Tú irás,
á avisarle.

INES.

¿Y entre tanto?

D. ISABEL.

¡Qué necedad! Trahe tu manto,
y no me repliques mas. *vase Ines.*

*Dentro D. Cosme.*

D. COSME.

¿Puedo entrar?

D. ISABEL.

Valgame Dios.
¡Mi hermano! *tapase.*

*Sale D. Cosme.*

D. COSME.

Mas ya estoy dentro.
¿Pero quién::? ¿Tan buen encuentro?
¿Sabeis, mi señora, vos,
si podré á Don Luis hablar?
¿Mas por qué cerrais el manto?
No os cubrais; que por Dios santo,
que soy hombre de fiar.
¿Otra vez os encubrís?

D. ISABEL.

¡Muerta estoy! *ap.*

D. COSME.

¿No me entendeis?
Basta, señora, que esteis
en el quarto de Don Luis,
para que os bese las manos
sin intencion. Los extremos
dexad, porque estar podemos
los dos como dos hermanos.
Vos sois la primera hermosa,
que la beldad recatais;
pero, pues no os destapais,
no debeis de ser gran cosa.
Decidme, si en casa está
el buen Don Luis.

D. ISABEL.

¿Qué he de hacer? *ap.*
Si hablo, me ha de conocer.

D. COSME.

¿Sois sorda? Acabemos ya.

*Sale Inés con manto, y se tapa.*

INES.

Ya, señora, el manto:::

D. COSME.

¿Quién?

INES.

Valgame Dios! Peor es esto.

D. ISABEL.

En gran peligro me ha puesto
mi fortuna.

D. COSME.

¿Acá tambien
se cubren? Esta voz quiero
conocer. Mujer, ¿quién eres?
¿Huyes? Pues á donde fueres,
pienso yo llegar primero.

INES.

Muerta voy. *vase.*

D. COSME.

Veme aguardando.
Señora mia, esperad;
que ya salgo, y perdonad,
que no os quede acompañando. *vase.*

D. ISABEL.

En gran riesgo está mi vida.
Valgame Dios. ¡Qué he de hacer!
Si él intenta conocer
la criada, soy perdida.
No sé, qué medio elegir
contra un riesgo tan urgente.

*Salen Doña Ana y Juana tapadas.*

D. ANA.

Bien se ha hecho.

JUANA.

Lindamente
lo supiste prevenir.

D. ANA.

Que salia, le escribí,
al campo, y que me buscase,
y que consigo llevase
á mi hermano, porque asi
esten ambos ocupados
á un tiempo, y me den lugar,
de venir aqui, y de hablar
á Isabel en mis cuidados;
que antes que pase adelante
mi empeño, averiguar quiero
el fondo á este amor primero
de mi cauteloso amante.

JUANA.

Si supiera, que perdí *ap.*

el papel, y que no hallé
á Don Luis; mas yo no sé,
ser chismosa contra mí.

D. ISABEL.

Tan turbada estoy, que apenas,
lo que me sucede, sé. *ap.*

D. ANA.

Aqui está; lleguemos, Juana.
¿Hermosa Doña Isabel? *llega.*

D. ISABEL.

¿Quién:::? ¡Doña Ana, vos aqui!

D. ANA.

Admirada os hallareis,
de verme.

D. ISABEL.

Mi muerte es cierta,
si él ha conocido á Ines. *ap.*

D. ANA.

Pues, porque no esteis confusa:::

D. ISABEL.

Valgame Dios. ¡Qué he de hacer!

D. ANA.

Escusandoos rodeos:::

D. ISABEL.

¡Hay mas sustos!

D. ANA.

Atended.
Aguarda, Juana, allá fuera,
y ten cuidado.

JUANA.

Sí haré. *vase.*

D. ANA.

Ahunque os parezca liviana
diligencia, la ¡que veis,
y en pechos como los nuestros
no es disculpa, el querer bien:::
Pero parece, que estais
inquieta.

D. ISABEL.

No os admireis;
que es grande el riesgo, en que estoy.

D. ANA.

Si sentís, que os llegue á ver
de esa suerte, con mi exemplo
vuestra accion dorar podeis.

D. ISABEL.

No es eso lo que me aflige,
amiga.

D. ANA.

¿Pues qué teneis?

D. ISABEL.

El mayor riesgo, que puede
la imaginacion temer.

D. ANA.

¡Cielos, qué es esto!

D. ISABEL.

¡Ay de mí!
El sale: fuerza ha de ser,

esconderme.

D. ANA.

¿Dónde vais?
Esperad.

D. ISABEL.

Pues sois mujer,
y es fuerza, que una desdicha
compadecida mireis,
ved el riesgo de mi vida;
y lo demás::: Pero haced,
lo que os debeis.

D. ANA.

Aguardad.

D. ISABEL.

No es posible.

D. ANA.

¿No direis,
qué he de hacer?

D. ISABEL.

El caso mismo
dirá, lo que habeis de hacer. *vase.*

*Sale Don Cosme.*

D. COSME.

Vive Dios, que se encerró
el diablo de la mujer
en el postrer aposento
de la casa, y que los pies
me duelen, de andar á coces
con la puerta. ¿Pero quién:::?

Doña Ana hermosa, ¿tú eres?
Que la quise conocer. *ap.*

D. ANA.

¡Qué es esto! Todo se ha errado. *ap.*
¡Turbada estoy!

D. COSME.

¿Para qué
te tapabas? ¡Pero tú
en esta casa!

D. ANA.

¡Qué haré! *ap.*
Sin duda encontró á su hermana
tapada.

D. COSME.

¿No fuera bien,
responderme?

D. ANA.

Y ahora piensa,
que soy yo, la que callé. *aparte.*

D. COSME.

¿Has tenido algun pesar
con tu hermano por aquel
billete, que me escribiste?
¿Qué es esto? ¿Ha querido hacer
algun fratricidio horrendo,
y vienes huyendo de él?

D. ANA.

¡Yo billete! No os entiendo.

D. COSME.

Predicarla, es menester; *aparte.*
porque, á salir de su casa,
no se me atreva otra vez.
Yo la pondré como nueva.
Venga acá, Doña Ana, ¿es bien,
que una mujer como ella,
que aspira, á ser mi mujer,
se venga en cas de los hombres
solteros? En buena fé,
que el proceder de este modo,
no es modo de proceder.
¿Qué dixeran mis avuelos,
si una nuera, que busqué
para ellos, callejeára?
Vinieran (en gloria estén)
mas de quatro mil Mendietas,
á echarse á los pies del Rey.
Antes de enyugarme el cuello
con la estola, he menester,
leerla yo la cartilla
del Vizcaíno A, be, cé;
que al enhornar tiene el riesgo
este pan de la mujer.

D. ANA.

No me faltaba ahora mas, *aparte.*
que este necio, tras haber
errado toda la accion:::
Pero ya Doña Isabél

se habrá escapado : yo quiero,
irme de aqui.

D. COSME.

¡Cómo! ¿Qué
os vais? Ahun no se ha acabado
la cartilla : detened.
Primeramente::

D. ANA.

¡Qué es esto!
¿Estais en vos? ¿No sabeis,
con quién hablais, ó lo necio
mezclais con lo descortés?

D. COSME.

Oigan, y cómo me trata.
¿Qué mas pudierais hacer,
si á mí me hubierais hallado
en cas de alguna mujer?

D. ANA.

Apartad.

D. COSME.

Yo seré breve.

D. ANA.

¡Hay tal necio!

D. COSME.

Eso que haceis,
es el diablo, que no os dexa
oír, lo que os está bien.

D. ANA.

Mirad, que se vá acercando

la noche, y yo he de volver
á mi casa, antes que pueda
mi hermano:::

*Sale Juana.*

JUANA.

Señora.

D. COSME.

¿Quién?

JUANA.

Presto, que viene Don Luis,
y tan cerca, que no es
posible, salir sin vernos.

D. ANA.

¡Valgame Dios! ¿Qué he de hacer?

JUANA.

Escondamonos aprisa,
aqui dentro.

D. ANA.

Dices bien;
entra presto. *Vase Juana.*

D. COSME.

¡Cómo es esto!
Vos no os habeis de esconder.

D. ANA.

¿Por qué?

D. COSME.

Porque no es decencia.

D. ANA.

Reparad:::

D. COSME.

No lo intenteis.
Yo no me escondo en mi vida,
y mi dama no ha de hacer,
lo que yo no hiciere.

D. ANA.

Juana.

D. COSME.

No hay Juana aqui.

D. ANA.

Mirad, que es:::

D. COSME.

Sea, quien fuere.

D. ANA.

Apartad.

D. COSME.

Voto á Dios, que no ha de ser.

*Sale Don Luis, y tapase Doña Ana.*

D. LUIS.

No puedo hallar á Don Diego,
para ver, si puede haber
algun medio en su disgusto,
y vengo á mi quarto, á ver,
si por llevar al Convento
á esta dama::: ¡Mas quién es!
¡Don Cosme aqui! Peor es esto.
Y aquella es Doña Isabél
su hermana. ¡Rara desdicha!
Don Cosme, tened: ¿qué haceis?

D. COSME.

Ahí estaba, no dexando,
que se esconda esta mujer.

D. LUIS.

¿Pues cómo, quándo en mi casa
está una tapada::?

D. COSME.

Y bien;
si soy yo, á quien ella busca,
¿qué viene á importar, que esté
en vuestra casa?

D. ANA.

Otro riesgo
es éste. ¡Raro tropél *ap.*
de pesares!

D. LUIS.

Segun esto, *ap.*
no la ha conocido.

D. COSME.

Fue
preciso, el entrarse aqui
huyendo cierto vayvén
de su fortuna. Mas yo
estoy enojado. Haced
las amistades; llegad,
como que no lo sabeis,
y decidla, que yo tengo
razon, y que ahora es bien,
que quiebre por ella. Andad;

que yo aparte esperaré
algo ceñudo.

D. LUIS.

Con esto *aparte.*
(bien se dispone) sabré
de Doña Isabél el modo,
que aqui podrémos tener,
de deslumbrar á su hermano.
Don Cosme, yo llegaré
á hablarla y á persuadirla,
pues vos asi lo quereis.

D. COSME.

Sois mi amigo. Andad aprisa,
y reñidmela muy bien.

D. ANA.

¡Qué es esto, que me sucede!

D. LUIS.

¿Hermosa Doña Isabél? *llega.*

D. ANA.

El no le ha dicho, quién soy. *ap.*
Mucho ha sido: callo, pues.

D. LUIS.

Siento infinito, señora,
los pesares, en que os veis.
Pero ya que han sucedido,
es preciso disponer,
el que salgais de este aprieto.

D. ANA.

Solo falta, que ahora él *aparte.*

se me ponga, á requebrar
por la otra.

D. LUIS.

Extrañareis,
que yo os hable en el empeño
de Don Diego, quando fue
primero el mio: mas ya,
que soy su amigo, sabeis,
y que mi decente amor
al suyo debió ceder,
por haceros mas dichosa.
Mas no es tiempo de esto: ved,
supuesto que no os conoce
vuestro hermano, ¿qué podré
decirle, para que os dexe?
¿Callais? ¿No me respondeis?
¡Qué es esto!

D. ANA.

Á solos mis zelos
ha estado este caso bien. *ap.*

D. COSME.

¿Se hace fuerte? Pues, Don Luis,
dexadla. Si su merced
no quiere desenojarse,
santas Pasquas.

D. LUIS.

Mejor es,
irnos, y que la porfia
no pase á groseria.

D. COSME.

¡Qué!
Primero me ha de pedir
perdon. ¿No la conoceis?
Pues es la misma Doña Ana

D. LUIS.

¿Quién decís?

D. COSME.

Doña Ana.

D. LUIS.

¿Quién?

D. COSME.

¿Pues á quién quereis que os diga?
Doña Ana. ¿No lo creeis?

D. LUIS.

No lo creo.

D. COSME.

Pues, Don Luis,
por Dios, que la habeis de vér,
y que la he de descubrir,
aunque me pierda.

D. LUIS.

Tened.

D. COSME.

Apartad.

D. ANA.

¡Notable empeño

D. COSME.

Esto ha de ser.

D. LUIS.

No ha de ser.

*Sale Juana.*

JUANA.

Señora, tu hermano.

D. ANA.

¡Ay triste!

D. LUIS.

¿Quién dices?

JUANA.

¿Quién ha de ser?
Don Diego; que yo le he visto
desde ese balcon.

D. COSME.

¿Lo veis?
¿Es Doña Ana, ó no es Doña Ana?

D. LUIS.

¿Es esto encanto? Ella es.
¡Hay mas desengaños, cielos!

D. COSME.

Destapóla sin querer
la criada.

D. ANA.

Yo estoy muerta.
Señor Don Luis, ya me veis
perdida, y el Cielo sabe, *descubrese.*
si fuisteis vos::: Pero haced,
lo que vuestra obligacion
debe á una infeliz mujer,

que por apurar sus zelos:::
Pero él llega. Juana, vén. *vanse.*

D. COSME.

Aqui es ello. ¿Qué os decia?

D. LUIS.

Dexadme; que no lo sé.
Solo me faltaba ahora, *ap.*
que cargo me quiera hacer,
de que por mí se ha perdido.
¡Ah mujer! En fin mujer.

*Salen Don Diego y Martin.*

D. DIEGO.

¿Aqui dixo, que vendria
tu amo á buscarme?

MARTIN.

Sí;
pero ya tarda.

D. DIEGO.

Yo fui
á Leganitos, y el dia
he perdido, sin hallar
á nadie. ¿Mas no es aquel
Don Luis, y el que está con él
Don Cosme?

D. COSME.

Hame de entregar
á mi hermana, ó he de hacer
represalia de la suya.

D. DIEGO.

Mas vale, que se conluya
de una vez. Esto ha de ser.
Martin, aguarda allá fuera. *vase Martin.*

D. COSME.

Don Luis, no me detengais.

D. LUIS.

Mirad, lo que aventurais.

D. COSME.

El caerá en la ratonera.
El caso de la honra mia
en un quidam le pondré.
Oíd, vereis, como sé
hablar por alegoría. *llega.*
Don Diego, el ingenio humano
solo preguntando gana.
Un hombre tenia una hermana,
y esta tal tenia un hermano:
la hermana se enamoró
de otro hermano, que tenia
otra hermana, y cierto dia
con éste las afufó.
La hermana del robador
robó el robado despues.
Decidnos ahora, pues,
¿cómo quedarán mejor
(para que esto se concluya,
sin tomar uno por otro)
cada uno con la del otro,

ó cada uno con la suya?

D. DIEGO.

Don Cosme, esas digresiones
para otra ocasion dexemos,
las palabras olbidemos,
y vamos á las razones.
Juntos á los dos he hallado,
y juntos hablaros quiero
en mi cuidado, primero
que haga enojo del cuidado.
Vuestra hermana es ya mi esposa;
el modo se pudo errar,
mas no la accion, ni dexar
de ser vuestra quexa ociosa.
Esto supuesto, y que yo
no he de presumir ahora,
que el señor Don Luis ignora
lo que su criado vió;
quiero, que aqui nos digais,
si fue vuestra aquella escala
que hallé en mi casa.

D. COSME.

No es mala *ap.*
la pregunta. ¿Eso dudais?

D. DIEGO.

¿Qué intentó vuestra osadía,
escalando mi ventana?

D. COSME.

Hermanar con vuertra hermana,

como hicisteis con la mia.

D. DIEGO.

De ese estilo, que gastais,
no es facil, el enmendaros;
y asi dexo de acordaros,
con quien, y de quien hablais.

D. COSME.

Pues vaya de informaciones.

D. DIEGO.

¿Quién os ayudó, á poner
la escala?

D. COSME.

¿Quién pudo ser?
Amor, criada y doblones.

D. DIEGO.

¿Supolo mi hermana?

D. COSME.

Bien.

D. DIEGO.

¿Qué decis?

D. COSME.

Dexadme estar.

D. DIEGO.

Hablad.

D. COSME.

Ya es mucho apurar.

D. DIEGO.

Esto he de saber tambien.

D. COSME.

Usted, ni aun en duda acierta.
¿Si lo supiera su hermana,
fuera yo por la ventana,
á la que manda en la puerta?
Antes, como ella es tan fiera,
me pasó una cosa brava,
que iba yo á verla, y entraba
temblando, de que me viera.

D. DIEGO.

Pues, Don Luis, aunque yo estaba
seguro de esta verdad,
y bastaba estarlo yo,
he querido, que lo oigais
de la boca de Don Cosme.

D. LUIS.

¿Yo, amigo, puedo dudar,
que si vuestro honor:::?

D. DIEGO.

No es eso,
lo que os propongo. Escuchad.
Yo soy vuestro amigo, y antes
de hablaros, en lo que es ya
preciso, y en lo que vos
me quereis tambien hablar,
he querido, hacer decente
lo que os digo, y que veais,
en lo que atiende la mia,
lo que erró vuestra amistad.

Mi hermana, señor Don Luis,
(vos lo sabeis, claro está)
os aventaja en la hacienda,
y os iguala en lo demás.
Vuestra esposa ha de ser hoy;
y siento mucho, que hayais
dispuesto, que suene á quexa
esto, que es felicidad.

D. LUIS.

¡Don Diego:::! Valgame el cielo.
¡Raro empeño! Estoy mortal. *ap.*

D. COSME.

Dexemosle responder: *ap.*
que los sordos nos oirán
despues.

D. DIEGO.

¿Qué me respondeis?

D. LUIS.

No extrañeis:::

D. DIEGO.

¿No he de extrañar,
que me respondais dudoso?
Cosas de esta calidad,
sin el acero en la mano,
no se empiezan á dudar. *empuña.*
Vive Dios:::

D. LUIS.

Tened la espada;
que si una vez la sacais,

aunque es preciso, el oirme,
quedais de oirme incapaz;
porque en sacando la espada,
vuestros oidos serán
de bronce, y será de acero
la lengua, con que he de hablar.
Vuestra hermana está casada.
¿Qué me proponeis?

D. DIEGO.

¡Qué está
casada? ¿Con quién?

D. COSME.

Conmigo;
y no será bien, que hagais,
que sea en reves y en guerra,
lo que ha sido en haz y en paz.

D. DIEGO.

¿Qué es esto?

D. LUIS.

Yo si, Don Diego,
de vos me puedo quexar,
pues habiendo recibido
de mi mano, poco ha,
un papel, que vuestra hermana
escribió á Don Cosme, hablais,
en que puede ser mi esposa,
quien favorece :::

D. DIEGO.

Aguardad;

que me estoy templando yo,
y vos os precipitais.
Veis aqui el papel, Don Luis;
leedle; que él os dirá,
si os podeis quexar de mí.

D. LUIS.

¡Que es esto, cielos!

D. DIEGO.

Tomad;
que yo, sobrado de atento,
quiero, que en este pesar, *dale el papel.*
porque el honor quede bien,
quede el sentimiento mal.
¿Es para vos el papel?
¿Es de mi hermana? ¿Os turbais?
¿Es otro, á quien favorece?

D. COSME.

Dale, qué ha de porfiar.
Ese papel yo le dí
al señor Don Luis, por dar
otro, en que desafiaba
á un amigo.

D. LUIS.

¡Esto es verdad, *ap.*
es sueño ó es ilusion!
¿Pues cómo pudo llegar
este papel á las manos
de Don Cosme?

D. DIEGO.

¿Qué esperais?
Entre hombres como nosotros,
yerros de esa calidad
se enmiendan, no se disculpan.

D. LUIS.

Don Diego, la ceguedad
de un amor, que no es delito,
si es decente:::

D. DIEGO.

Bien está
esa disculpa, y no busco
sino el remedio.

D. LUIS.

Pues ya
que en el caso de la escala
no me queda que dudar,
ni en el papel, y que es tiempo
de verdades, preguntad
á Don Cosme, si yo mismo
hallé con él poco ha
á vuestra hermana.

D. DIEGO.

¿A mi hermana?

D. COSME.

Dice la pura verdad;
y eso es, querer descasarme;
y hermanas se han visto ya
descasar por el Vicario

pero no por la hermandad.

D. DIEGO.

¿Pues dónde ó cómo?

*Salen Doña Ana, Doña Isabél, Inés y Juana.*

D. ANA.

Ya es fuerza,
Doña Isabél, que volvais
por mi honor. Yo os lo diré,
que os he escuchado, y no es ya
tiempo de guardar la vida,
padeciendo lo que es mas.

*Salen Martin y Juancho.*

MARTIN.

Juanchillo, el diablo anda suelto.

JUANCHO.

Todos estamos acá.

MARTIN.

¿Si se ha mudado á esta casa
el valle de Josafat?

D. DIEGO.

¡Doña Ana aqui?

D. LUIS.

Si, Don Diego.
Ved, si os digo la verdad.

D. COSME.

Señora hermana perdida,
bien parecida seais.

D. ANA.

Muy necio, señor Don Luis:::
Don Diego, déxame hablar.
en defensa de mi honor,
que luego hermano, podrá
satisfacerse tu enojo,
y si en mí lo has de vengar,
donde está mi confusion,
tu acero estará de mas.
Muy necio (digo) ó muy ciego,
señor Don Luis, estais,
pues llegais á presumir,
que yo habia de buscar
á Don Cosme en vuestro quarto,
y mas, quando en él está
su hermana, y sabeis, que yo
lo sabia.

D. ISABEL.

Eso es errar
los principios, ó querer
desconocer la verdad.
Doña Ana me vino á ver,
y aun no acababa de entrar,
quando mi hermano llegó.

D. ANA.

Y si ese papel mirais
los dos, vereis, que á los dos
con él quise embarazar,
por hacer esta visita;

y tú, Don Diego, hallarás,
que mi yerro, fue querer
á un hombre, que tu amistad
calificó, y tu alabanza
hizo amable. En lo demás
yo he de poner el dolor,
y tú el remedio has de dar.

D. LUIS.

¡Hay mas extraño suceso!
¿Mas cómo pudo llegar
este papel á las manos
de Don Cosme?

JUANA.

Eso será,
que yo le perdí, al llevarle,
y callé, por ocultar
mi culpa.

JUANCHO.

Y que yo lo hallé,
y se le di, por ganar
las albricias, á mi amo.

D. COSME.

Y que yo por otro tal
le troqué. Mas las albricias,
si tan contentico estais,
yo os las pondré en vuestra cuenta.

D. LUIS.

Aguardad; no prosigais:
que á todos nos ha tenido

necios vuestra necedad.

MARTIN.

*Miren, si un bobo hace ciento,*
*como el loco del refrán.*

D. DIEGO.

Pues ved ahora, Don Luis,
si os queda algo que dudar,
y si otro escrupulo os queda,
solo os digo, que será
bien, que con menos testigos
lo ajustemos.

D. LUIS.

Aguardad;
que este duelo de los dos
ajustado quedará,
rindiendo yo á vuestra hermana
la mano y la libertad.

D. ANA.

Aunque, para castigaros,
quisiera, poder dexar
de ser vuestra, esta es mi mano.

*Danse las manos Don Luis y Doña Ana.*

D. DIEGO.

Y la mia quedará
premiada con el favor *dale la mano.*
de Doña Isabél.

D. COSME.

Tomad,
si soy muy bobo, pues quedo

soltero, y hago casar
los otros.

MARTIN.

Yo tambien
me quedo en mi libertad,
porque no me han satisfecho
ni me han dexado acabar
un soliloquio.

*Todos.*

Y con esto
la comedia aqui fin da.
Decid, que un bobo hace ciento:
sus defectos perdonad.

